
HARLEQUIN
Deseo
Tórrido amor
Jennifer Lewis

Título Original: Seduced for the Inheritance

Editorial: Harlequin Ibérica
Autor: Jennifer Lewis
Género: contemporáneo
Protagonistas: Reynaldo De León y Anna

Argumento:

*Ella era la hija de la cocinera; él, el hijo del propietario de las tierras…*

*Tras la muerte de la madre de Anna y del padre de Reynaldo León, salió a la luz el romance clandestino que habían mantenido. De pronto, Anna, que siempre había estado enamorada del heredero de los León, era propietaria de parte de las tierras de la familia. Unas tierras que Reynaldo quería recuperar a toda costa. Por mucho que subiera la oferta, Anna decía que no… hasta que no pudo seguir negándose.*

# *Capítulo Uno*

–¿Qué está haciendo aquí? –una voz de trueno y un par de ojos negros la fulminaron desde la puerta de la cocina.

Era él.

Sabía que vería a Reynaldo León tarde o temprano. Al fin y al cabo, aquélla era su finca. Pero habría querido estar arreglada, no en vaqueros, cubierta de sudor y despeinada después de pasarse el día buscando entre las pertenencias de su madre.

Anna Marcus apretó la bolsita de comida rápida que llevaba en las manos y él la miró desde su impresionante altura, con las cejas arqueadas.

–¿Ha venido a limpiar?

Parecía un gigante en la diminuta cocina, con la desnuda bombilla iluminando sus arrogantes facciones, su amplia y sensual boca en un gesto de desdén.

–Si le pagan por horas, le daré el dinero que corresponda a esta noche. Pero debe decirle a su jefe que se ponga en contacto conmigo antes de sacar nada de aquí.

¿Creía que había ido a limpiar? ¿No la reconocía?

De repente, aquello le resultó insoportable. Su madre, muerta a los cuarenta y ocho años, de forma repentina. Una llamada de teléfono a horas in-tempestivas para informarle sobre un accidente en la autopista de Florida…

–¿Y bien? –Reynaldo se cruzó de brazos.

Los ojos de Anna se llenaron de lágrimas. «No llores ahora». En el último año había sobrevivido a una bancarrota y a un divorcio. Y ahora la pér-dida de la persona a la que más quería en el mundo. Había llegado hasta allí…

–¿No habla mi idioma? –Naldo León levantó una ceja.

–Claro que hablo su idioma –replicó ella.

–Se está saliendo líquido de la bolsa.

–¿Qué? –Anna miró la bolsa de papel–. Ah, es mi cena.

La dura expresión del hombre se suavizó un poco.

–Pues cómasela –dijo, señalando la mesa de formica–. No tiene sentido tirar la comida.

Quizá podría seguirle la corriente hasta que se fuera. Dejarle pensar que era una chica de la limpieza. ¿Qué más daba? Ni él ni su poderoso padre, Robert León, se habían molestado en acudir al entierro de su madre, a pesar de que Letty Marcus había vivido en

su finca y les había hecho la comida durante quince años. Trabajadoras como su madre y ella no eran nadie para esa gente.

Sí, ella tenía un diploma universitario, e incluso había tenido una inmobiliaria durante algún tiempo, pero en aquel momento su cuenta estaba en números rojos y no tenía casa, de modo que…

Mientras tomaba un plato del armario y se sentaba frente a la mesa, notaba los ojos de Naldo clavados en ella. Unos ojos que habían marcado sus sueños de adolescente y la habían hecho concebir absurdas esperanzas de que algún día…

¿La amase?

Menuda broma. Anna sacó la hamburguesa de la bolsa y la dejó sobre el plato. Pero la imperiosa mirada del hombre le había encogido el estómago.

–¿Va a quedarse ahí, mirándome?

–Pues claro. No puedo dejar sola a una extraña en una propiedad familiar. Supongo que lo entenderá.

¿Una extraña? Anna no sabía si reír o llorar.

Sólo una persona insignificante más en una enorme finca. Nadie en especial. Seguramente no había vuelto a pensar en ella desde la última vez que se vieron en la cancha de tenis.

Pero ella sí había pensado en él. Más de lo que le gustaría admitir.

Dejando la hamburguesa sobre el plato, Anna se levantó, con las piernas temblorosas.

–Tengo que irme.

Naldo sacó un billete de veinte dólares del bolsillo y se lo ofreció.

–Puede volver mañana.

*«Después de que haya encontrado lo que he venido a buscar».*

–No quiero su dinero. Y no tengo hambre. Puede usted comerse la hamburguesa.

Naldo disimuló una sonrisa al pensar en aquella cosa grasienta cuando tenía langosta esperándole en casa.

Aunque aquella noche no tenía apetito.

No, lo que tenía que hacer era encontrar lo que estaba buscando. Esa misma noche. Además, la casa era diminuta…

Naldo arrancó una hoja de un cuaderno que encontró al lado de la nevera y anotó su número de teléfono.

–Puede llamarme mañana para decir a qué hora piensa venir.

Al tomar el papel sus dedos se rozaron, despertando en él una extraña sensación. Sus ojos se encontraron, los de ella eran grandes y azules y…

De repente, Naldo la reconoció.

–¡Anna!

Ella levantó la cabeza.

Él la miró durante unos segundos, incrédulo.

¿Cómo podía aquella chica delgada y tímida ser la alegre y atrevida niña que había conocido una vez?

–Ha pasado mucho tiempo.

–Eso parece –murmuró Anna, apretando los labios.

–Tienes un aspecto tan diferente… –dijo Naldo, sin pensar.

–El tiempo le hace eso a una persona. Bueno, a algunas personas. Tú eres el mismo de siempre.

–Estás tan delgada…

–Es la moda.

–Pero tu pelo… antes era rojo.

–Sigue siéndolo. Pero me lo he teñido.

–¿Te tiñes el pelo?

Le parecía inconcebible que la dura y enérgica Anna Marcus, la niña que se subía a los árboles y se peleaba con todos los chicos de la finca, hiciera algo tan femenino.

–No me mires con esa cara. La mayoría de las mujeres lo hacen.

–Pero tú nunca has sido como la mayoría de las mujeres.

–¿Y quién dice que lo sea ahora? –lo retó ella.

El antiguo fuego seguía ahí, pero en un contenedor diferente. Y eso despertó en Naldo algo más que curiosidad.

–He oído que te va muy bien.

Su madre, orgullosa, le había informado sobre los éxitos de Anna; su graduación Magna Cum Laude en una buena universidad, su trabajo en una de las inmobiliarias más importantes del estado…

Un marido.

–Todo es relativo –dijo ella–. Me refiero al éxito.

–Sí, claro.

–Me han dicho que ahora os dedicáis a la venta de productos manufacturados –siguió Anna con voz pausada.

–Sí, hacemos zumos y salsas para ensalada con base de cítricos. Se venden muy bien.

–Sí, claro, estoy segura de que el imperio León seguirá siendo un éxito durante otros cien años.

Afortunadamente, había logrado cambiar de tema. Anna se asustó cuando Reynaldo empezó a hablar de «lo bien que le iba». El breve éxito que había tenido en la vida se había convertido en polvo. Un polvo muy parecido al que cubría sus pantalones cortos y su camiseta descolorida. ¿Por qué tenía que haberla visto con

aquella pinta? Tan cansada, tan delgada. Ni la había conocido. A Anna se le encogió el corazón de vergüenza.

–Todos nos llevamos un disgusto con la muerte de tu madre –dijo Reynaldo entonces. Y la compasión que había en su voz de terciopelo casi la hizo olvidar que no se había molestado en aparecer en el entierro.

Anna seguía sin creer que su madre se hubiera ido, que nunca volvería a abrazarla, que nunca volvería a tener su cariño.

–Yo también –murmuró.

–Mi padre murió esta mañana –dijo Naldo entonces.

–¿Qué?

Robert León era una fuerza de la naturaleza, un hombre alto, fuerte, casi indestructible como los naranjos y limoneros que cultivaba en su imperio.

–Un infarto de miocardio. Duró tres días, pero los médicos dijeron que no podían hacer nada.

–Oh, Naldo, cómo lo siento –Anna se llevó una mano a la boca, emocionada. El deseo de abrazarlo era casi más poderoso que ella.

*«Ni lo pienses».*

Ella siempre había deseado a Naldo León. Había deseado que la tocara, había deseado su admiración, su amor. Pero sabía que no los tendría nunca.

–Ahora la finca es tuya.

–Sí.

–Una plantación que tiene casi cuatrocientos años. Sé que tu padre se sentiría orgulloso de ti.

Naldo no dijo nada. Con la arrogancia de los conquistadores de los que descendía, sencillamente se quedó mirándola.

Anna buscó algo que decir, pero no sabía...

*«No llores». «No llores delante de él».*

Tenía que irse de allí. Había tardado dos días en reunir valor para ir a la casa, pero, aparentemente, seguía siendo una cobarde.

–Supongo que ahora le asignarás la casa a otro empleado, así que volveré mañana para terminar de guardar las cosas de mi madre –dijo, nerviosa–. Bueno, tengo que irme –Anna se dio cuenta de que había arrugado la hoja de papel que tenía en la mano.

Nunca lo llamaría por teléfono. Su relación había sido siempre una relación… casual: «¿Quieres que tiremos unas canastas?». «¿Te apetece jugar al tenis?». Nada de invitaciones, nada de quedar para verse. Habían sido camaradas, pero nunca amigos.

Anna dejó el papel sobre la encimera y, después de tirar la hamburguesa a la basura, se dirigió a la puerta.

La presencia de Naldo dejaba claro que la casa en la que había vivido su madre durante quince años era propiedad suya.

–Mañana podrás tomarte el tiempo que necesites.

–Muy bien.

Anna se detuvo un momento. ¿Para qué? ¿Esperaba que la invitase a cenar, a salir?

*«No seas tonta, chica».*

El silencio de Naldo sugería que estaba esperando que se fuera, de modo que subió a la vieja furgoneta que había sobrevivido milagrosamente al viaje desde Boston.

Las lágrimas desdibujaban su visión mientras se dirigía hacia la entrada de la finca. ¿Cuántas veces tendría que hacer aquel mismo camino?

¿Una? ¿Dos? Ahora que su madre había muerto no tenía casa y nadie la esperaba en ninguna parte. Pero ella era dura, de modo que seguiría adelante y haría que su madre se sintiera orgullosa.

***

Dos días después, el aire acondicionado del despacho de la familia León hacía temblar a Anna de frío, mientras un viejo reloj de nogal daba las cuatro. Había gente hablando en voz baja, esperando que empezase la lectura del testamento. También Anna había recibido la llamada de un abogado en el hostal donde se alojaba, pidiéndole que acudiese a la lectura del testamento de Robert León.

Los León seguían la vieja costumbre de legar una pequeña cantidad de dinero a los empleados, incluyendo a su madre.

Pero no la invitaron al funeral que había tenido lugar esa mañana en la finca.

Había una gran diferencia entre los empleados, reunidos para la ocasión con su ropa de diario, y los elegantes miembros y amigos de la familia. Naldo estaba entre ellos, guapísimo con un traje negro y pelo oscuro, ondulado, echado hacia atrás, revelando sus masculinas facciones. Si se había fijado en ella, no lo demostró. Anna estaba sola a un lado, mirando por la ventana los mil acres de la mejor plantación de cítricos del país.

Aquel día iba vestida con un traje de chaqueta y tacones altos. Con pendientes, maquillaje y un moño, esperaba tener el aspecto de la mujer de la que su madre hablaba, orgullosa, con sus compañeros de trabajo.

–Señoras y señores, por favor, tomen asiento –un joven vestido con traje de chaqueta señaló las cuatro filas de sillas antiguas que, Anna recordó, solían estar en el comedor. Ella conocía bien la casa, al menos las zonas públicas, aunque había pasado la mayor parte del tiempo en la cocina mientras su madre preparaba comidas y cenas para los León.

El abogado empezó a leer, pero Anna no le prestaba demasiada atención. La familia León era famosa por no vender ni un pedazo de tierra, por eso la finca había permanecido intacta durante siglos. La finca, El Paraíso, era para el hijo mayor, Reynaldo, y también las acciones en otras empresas. Su hermana recibiría un estipendio anual más que generoso. Como tenía diez años más que él y vivía en Europa, Anna no la conocía y ni siquiera sabría decir quién era.

Anna se movió en la silla, incómoda. Dos mil y diez mil dólares parecían ser las cantidades legadas a los empleados, dependiendo del tiempo que hubieran trabajado allí. Sospechaba que a su madre le habría dejado diez mil, ya que había estado en la casa quince años. Y qué falta le hacía ese dinero. Su madre le había dejado sus ahorros a un albergue para madres solteras… La pobre no podía saber que a Anna, después de pagar el hostal en el que se alojaba, no le quedaban más que unos dólares.

–A Leticia Marcus, estimada empleada y queridísima amiga… –Anna se levantó, nerviosa– le dejo su lugar de residencia y la parcela en la que está situada, como queda marcada en el plano. Y a ella le lego también el libro de recetas que hicimos juntos.

El abogado siguió hablando y Anna lo miró, perpleja.

¿No le había dejado diez mil dólares?

–¿Qué ha dicho?

Anna miró al hombre que acababa de levantarse. Era Naldo. Y parecía furioso.

–Señor León, ¿puedo hablar con usted un momento? –uno de los abogados, un hombre mayor, le indicó que lo siguiera al pasillo. Naldo lo acompañó con expresión airada, dejando un murmullo de comentarios a su paso.

La gente se volvió luego para mirar a Anna.

«La hija» oyó que decía alguien. Ella tragó saliva, intentando mantener la cabeza alta.

¿Por qué Robert León le habría dejado a su madre una herencia diferente a la del resto de los empleados?

–No puede ser verdad –Naldo paseaba por el pasillo, furioso–. Mi padre jamás habría aprobado esto.

–Fue su expreso deseo, señor León. Yo intenté convencerlo para que no lo hiciera. Intenté explicarle que la integridad de la finca…

–¿La integridad de la finca? Ese testamento es una broma. La plantación León no ha cambiado sus límites desde que mis antepasados llegaron aquí desde La Española en 1583. ¿Y ahora va a decirme que mi padre quería que se recortase un acre en medio de la finca? ¿Por qué no le ha dejado también uno de mis riñones? Es increíble –Naldo remarcó su incredulidad dando un golpe en el quicio de la puerta. El pobre abogado prácticamente tuvo que sujetarse las gafas.

–Lo siento, señor León, pero me temo que ésa fue la decisión de su padre. Supongo que entenderá las exigencias de confidencialidad, pero quizá conozca usted las circunstancias…

–Sí, conozco bien las circunstancias.

*«La aventura de mi padre con Leticia Marcus».*

Una aventura que había durado diez años y una afrenta a la memoria de su madre.

Naldo se pasó una mano por el pelo.

–¿No se puede hacer nada? Nuestros antepasados no habrían querido que esto ocurriera.

–Imagino que estarán revolviéndose en la cripta familiar, señor León –la sonrisa del abogado sólo consiguió aumentar su irritación–. Sugiero que hable con su hija. Sospecho que si le ofrece una cantidad de dinero interesante…

–Venderá.

***

Mientras los abogados reunían sus papeles y los congregados se levantaban, Naldo observaba el elegante perfil de Anna, destacado porque, aquel día, llevaba el pelo recogido en un moño. Un maquillaje bien aplicado realzaba la simetría de sus facciones. La chiquilla de pelo rojo y pecas en la nariz se había convertido en una mujer de bandera.

Una mujer con la que no le importaría nada pasar un buen rato.

–¿Quieres cenar conmigo?

–¿Qué? –exclamó Anna, perpleja.

–La cocinera ha prometido hacer lenguados al oloroso, exactamente como a mí me gustan.

Como le gustaban sus labios.

–¿Ya tenéis nueva cocinera?

–Sí. No es tan buena como tu madre, claro… –quizá mencionar a la cocinera había sido un error–. Pero nos hacía mucha falta.

–Sí, ya me imagino.

¿Le había molestado que mencionase a la cocinera?

Naldo tomó su mano. Pálida y suave, con las uñas cortas, pero muy femenina. Con sus largos y finos dedos escondidos dentro de su mano, volvió a experimentar aquella sensación que había tenido en la casa.

Luego se la llevó a los labios. La ausencia de un caro y sofisticado perfume, como había esperado, sólo consiguió aumentar su interés.

–Cena conmigo, Anna. Mi padre se ha ido y yo…

Necesitaba que dijera que sí. Y no sólo porque la idea de cenar solo lo angustiaba. Tenía que resolver un problema y, de repente, imaginaba un par de deliciosas maneras de hacerlo.

# *Capítulo Dos*

–Muy bien –dijo Anna por fin. Enseguida lamentó haber aceptado, pero no pudo evitarlo.

En los ojos de Naldo flotaba una gran pena. Y ella sabía cuánto había querido a su padre.

–Estupendo –asintió Naldo.

¿Había una sonrisa de triunfo en sus labios? Anna lo miró, un poco asustada.

Sin soltar su mano, algo que empezaba a resultarle incómodo, Naldo se inclinó un poco para hablarle al oído:

–Voy a librarme de esta gente. Me reuniré contigo enseguida.

En la terraza, con una copa que no había pedido en la mano, Anna paseaba de un lado a otro, nerviosa.

Ahora tendría que mantener aquella imagen de mujer de éxito durante toda la cena. No pensaba contarle a Naldo lo que le había pasado. Sin duda se compadecería de ella y se reiría de sus tontas pretensiones de lograr una vida que, a él, le había sido dada desde su nacimiento.

Anna tomó un sorbo de su copa, un mojito, y el contraste entre la ácida lima y la menta le pareció un eco de sus conflictivas emociones. No sabía cuánto había echado de menos aquel sitio. Se maravillaba al ver los naranjos y limoneros bajo el brillante cielo azul, el aroma de azahar permeando el ambiente…

La finca era conocida como El Paraíso, y el nombre le iba muy bien, desde luego. Era un pedacito del edén. Un gran pedazo, dependiendo de la perspectiva.

Y ahora, una parte diminuta de aquel paraíso era suya.

–¡Anna! –ella se volvió al oír la voz de Naldo–. Pensé que no iba a librarme nunca de esa gente.

Naldo se quitó la corbata y se desabrochó el primer botón de la camisa, revelando una garganta bronceada. Luego tomó un mojito de la mesa. Durante un segundo, Anna no pudo dejar de mirar esos largos dedos que habían sostenido los suyos con tal ternura y, a la vez, con una fuerza irresistible.

–Menudo día –suspiró Naldo quien, después de tomar un largo trago, se quitó la chaqueta y la tiró sobre una silla–. Espera, deja que te mire.

Anna se quedó inmóvil mientras él, sin decoro alguno, la miraba de arriba abajo.

La cálida aprobación que vio en su mirada oscura envió un

escalofrío por todo su cuerpo.

–No seas tímida. Es que sigo sin creerlo. No puedo creer que seas la chica que solía retarme a echar un pulso –sonrió Naldo entonces.

Una oleada de recuerdos la envolvió en ese momento, con esa extraña mezcla de dolor y placer…

–Tú me dejabas ganar.

–Nunca te dejé ganar. Ganabas por tus propios méritos… a todo. Hasta que me hice mayor.

*«Hasta que tu madre murió y dejaste de venir a casa».*

Ella, que se alojaba en el campus de la universidad, siempre estaba deseando que llegasen las vacaciones para volver a El Paraíso. Volvía a casa llena de energía, dispuesta a todo. Pero tras la muerte de su madre, Naldo siempre tenía algún sitio más interesante al que ir: esquiar en Aspen, jugar al polo en Argentina, de viaje por Italia. No había vuelto a verlo. Cuando Naldo terminó la carrera y volvió a la finca familiar, ella ya se había ido a la universidad.

–Te ganaba al tenis, ¿verdad?

Anna recordó con alegría que nunca había podido ganarle un set.

–En las pistas eras una verdadera amenaza. ¿Sigues jugando?

–No –Anna tomó un sorbo de su mojito para disimular una oleada de tristeza–. No he tenido mucho tiempo para eso desde que me marché de aquí.

–Pues ya sabes lo que dicen de la gente que no tiene tiempo para los placeres –sonrió Naldo–. Lo que no puedo entender es lo delgada que estás.

¿Qué ha sido de esos duros músculos de los que estabas tan orgullosa?

*«Se fueron junto con el resto de mi fuerza. En un mal matrimonio y una relación profesional aún peor».*

Anna se encogió de hombros.

–La vida, ya sabes.

–Tu madre me contó que te habías divorciado. Lo siento.

El brillo de compasión que vio en sus ojos fue como una bofetada.

No había habido manera de ocultar el fracaso de su matrimonio. Pero, al menos, su madre nunca supo nada sobre la ruina económica que acompañó al divorcio.

–¿Tú te has casado?

–Creo que sabes la respuesta a esa pregunta.

–¿No? Pues algún día tendrás que casarte. La dinastía León

depende de ti.

–Cierto. Una carga muy pesada.

–¿Seguirás con la tradición de importar a la famosa y bella hija de un duque español para que sea la madre de tus hijos?

Recordaba lo hermosa que había sido su madre, incluso a los cincuenta años. La verdad era que la señora León daba miedo, pero era bellísima.

Naldo tomó un trago de su copa y a Anna le pareció ver algo raro en su mirada. ¿El brillo de un reto?

–Quizá lo haga. Las tradiciones son esenciales.

–Tu padre nunca volvió a casarse. ¿No se sentía solo?

–No estaba solo, me tenía a mí –contestó Naldo, con cierta brusquedad.

–Pero estudiaste en un internado y luego te fuiste a la universidad. Estuviste fuera de aquí más de cinco años tras la muerte de tu madre…

–Me parece que huelo el delicioso lenguado. Vamos dentro –la interrumpió él.

Naldo se dio la vuelta bruscamente y Anna miró su espalda, sorprendida.

¿Qué había dicho?

Habían puesto una mesa para dos en el comedor pequeño, el más alegre de la casa. A Anna siempre le había gustado aquel sitio más que el comedor de ceremonias. La luz de las velas hacía brillar los cubiertos de plata y los platos de porcelana pintados a mano. Un joven mayordomo les sirvió la cena, en silencio.

–¿Estos platos son de China?

–Sí, del siglo XVIII. Mi antepasado, Francisco Álvaro León, los trajo de uno de sus viajes por Oriente.

*«Incluso los platos tienen historia».* Al contrario que ella. Ella, que nunca había conocido a su padre.

–Tengo entendido que ahora te dedicas al negocio inmobiliario –dijo Naldo.

–Mi marido y yo abrimos una inmobiliaria, sí.

–Ése es un negocio muy duro, pero tu madre me contó que os iba bien.

–Sí, así fue.

Durante un tiempo. Pero no había podido contarle a su madre lo que pasó después.

–Cuando nos divorciamos se disolvió la empresa. Y aún no he decidido qué voy a hacer.

El delicado aroma del pescado, cocinado con limón y vino

español, explotó en su lengua.

–Tu nueva cocinera es buena –murmuró, sintiéndose culpable.

Naldo, que estaba levantando su copa, se detuvo un momento.

–Todos echaremos de menos a tu madre, Anna.

Ella tragó saliva.

–He estado tanto tiempo fuera... Estaba muy ocupada en Boston. No vine a ver a mi madre tantas veces como debería…

–Pero ella lo entendía, te lo aseguro. Que fueras feliz la hacía feliz a ella. Además, estaba muy orgullosa de ti. Siempre le enseñaba tus cartas a todo el mundo. No dejaba de hablar de su hija.

Anna se sentía culpable también por eso, pero se alegraba de que su madre hubiera muerto pensando que todo le iba estupendamente. Una preocupación menos.

Naldo sonrió, mostrando unos dientes perfectos… salvo por un incisivo ligeramente torcido. Un defecto minúsculo que le daba un gran encanto.

¿Por qué tenía que ser tan guapo?

–Debes de estar deseando volver a Boston, ¿no? Supongo que no te apetecerá vivir en una polvorienta granja ahora que tu madre ya no está.

–No creo que esta finca sea una polvorienta granja.

–Bueno, una enorme granja polvorienta –sonrió él–. Donde nunca cambia nada. Es siempre lo mismo. El mismo olor a azahar, las naranjas y limones creciendo… Supongo que eso no es demasiado emocionante para una mujer de negocios de Boston.

–No, supongo que no –murmuró Anna.

Pero Naldo seguía mirándola fijamente y eso la ponía nerviosa. ¿Por qué la miraba así? ¿Qué tendría en mente?

–Doscientos mil dólares –dijo él entonces, en tono autoritario.

–¿Qué?

–Ése es el precio que te ofrezco por la casa.

–No puede valer tanto –protestó Anna, sin pensar. ¿Doscientos mil dólares? Eso era justo lo que necesitaba para empezar de nuevo.

–Pero eso es lo que te ofrezco. Te ayudaré a guardar las cosas de tu madre mañana a primera hora. A la hora de comer, puedes estar ya de camino a Boston.

Anna frunció el ceño. ¿A la hora de comer se habría ido para siempre?

–Puedo darte un cheque o hacerte una transferencia, como prefieras.

–Pero…

–De hecho, deja que llame a mi administrador ahora mismo. ¿Por qué esperar? Supongo que estarás deseando volver a tu vida, con tus amigos

–Naldo hizo una pelota con la servilleta y se levantó.

–Espera, no…

–Llamaré a mi abogado y le diré que redacte el contrato.

Estaba cruzando la habitación, con el móvil en la mano, la elegante cena olvidada en su prisa por…

*«Librarse de ella»*.

Anna lo miró, irritada. Era tan fácil para él.

Quería la casa. Ella era un problema y… ¿qué hacía un hombre rico cuando tenía problemas? Tirar un montón de dinero para que lo dejasen en paz.

Y ella, que tenía experiencia en venta de fincas, sabía que la casa que Robert León le había dejado a su madre no valía ese dinero. La casita, construida en 1920 y con habitaciones diminutas, no valía más de cien mil dólares.

¿Por qué estaba dispuesto a pagarle el doble para librarse de ella? ¿Y por qué tenía tanta prisa?

De repente, Anna se alarmó.

–¿Por qué tu padre le dejó la casa a mi madre?

Naldo, que estaba marcando un número, se detuvo.

–Letty trabajó aquí durante quince años. Era una empleada leal y dejarles algo a los empleados leales es una tradición en mi familia, ya lo sabes.

–Pero el resto de los empleados han recibido dinero.

Él se aclaró la garganta.

–Mi padre sabía que tu madre le tenía cariño a la casa y quería asegurarse de que siempre tuviera un techo sobre su cabeza. Supongo que sería por eso.

–Ya, claro –murmuró ella, pensativa–. Y supongo que la mayoría de los empleados sienten lo mismo. Los antiguos empleados siguen viviendo aquí, aunque se hayan retirado. Es una de las muchas tradiciones que hacen de El Paraíso un sitio tan especial… –de repente, Anna tuvo un presentimiento–. ¿Tu padre pensaba que querrías librarte de mi madre cuando él muriese?

Naldo levantó la barbilla en un gesto orgulloso. ¿O lo había imaginado?

–¿Por qué iba a hacer eso? Tu madre era la mejor cocinera de Florida y una buena amiga para mi padre –contestó, sin mirarla–. Doscientos cincuenta mil dólares.

Anna parpadeó. ¿Qué estaba pasando?

Su madre le había dejado todo, salvo sus ahorros. Pero en su testamento había una nota escrita a mano en la que decía lo «importante» que era para ella dejarle algo «de valor». Pero en el testamento no decía lo que era. Presumiblemente porque no había heredado nada hasta la muerte de Robert León.

¿Su madre habría querido que conservara la casa?

Doscientos cincuenta mil dólares. Tenía que aceptar ese dinero, pensó Anna. Sería tonta si no lo hiciera.

–Si la casa es mía, puedo dormir allí esta noche, ¿no?

Naldo levantó una ceja.

–¿Por qué quieres dormir allí?

–No sé, por razones sentimentales. Viví allí durante siete años y tiene muchos recuerdos para mí –contestó Anna.

¿Por qué quería comprársela Naldo con tanta prisa? ¿Por qué le importaba tanto?

Además, quizá si pasaba una noche en la vieja casa sería más fácil decirle adiós. Se había ido a la universidad sin nostalgia alguna y las tres o cuatro veces que volvió para visitar a su madre su objetivo era convencerla de que se fuera a Boston con ella, pero Leticia no quería ni hablar del te-ma.

Sin embargo, la idea de guardarlo todo en la furgoneta y marcharse para siempre ahora le rompía el corazón…

–Te contestaré por la mañana –dijo por fin, dejando el tenedor sobre el plato. Su apetito había desaparecido junto con la camaradería.

Naldo la miró, incrédulo y furioso. Los muy ricos nunca tenían que ocultar sus sentimientos, claro.

–Deja que te lleve en el coche.

–No hace falta, he venido en la furgoneta.

–Pero no puedes dormir allí. La casa está hecha un asco –murmuró Naldo, pasándose una mano por el pelo.

Su evidente exasperación la hizo sentirse poderosa.

*«No puedes decirle a todo el mundo lo que tiene que hacer, amigo mío».*

–No me importa. Pondré sábanas limpias y estaré perfectamente. Además, tengo que guardar las cosas de mi madre.

–Iré contigo.

Seguía sin encontrar lo que buscaba. No aparecía por ninguna parte y él no había tenido tiempo de buscar bien porque tuvo que organizar el funeral de su padre.

¿Y si Anna lo encontraba antes? Naldo quería que aceptase su oferta y se fuera de allí inmediatamente. Desde luego, antes de que

descubriera lo que podría significar el libro de recetas.

Naldo abrió la puerta de la vieja furgoneta.

–¿La has alquilado?

–No, la he comprado. Pensé que sería lo mejor para llevar las cosas de mi madre a Boston –Anna se apartó el pelo de la cara–. ¿Nos vemos mañana?

–No, mejor voy contigo a la casa. Por si necesitas algo.

Ella lo miró con expresión recelosa. Y tenía razones para ello. Pero él era el custodio de la herencia León y si para proteger esa herencia tenía que echar a alguien de sus tierras, lo haría. Aunque ese alguien fuese una chica encantadora.

Naldo intentó abrir la puerta, pero el tirador no cedía.

–Es que se ha enganchado. Tienes que tirar con fuerza –le dijo Anna–. Aunque no hace falta que vengas, de verdad. Podemos vernos mañana.

Su evidente deseo de librarse de él lo molestó.

Tanto que aumentó su determinación de ir con ella a la casa. Naldo por fin consiguió abrir la portezuela… con un crujido de metal oxidado.

–¿Cómo piensas volver? –preguntó Anna.

–Me encanta pasear por la noche.

Los asientos y el salpicadero de la furgoneta estaban manchados de grasa y, cuando encendió los faros, Naldo comprobó que el parabrisas estaba roto.

–¿Has venido en este cacharro desde Boston?

–Funciona perfectamente, no te preocupes.

Pero cuando arrancó los chirridos de motor negaban sus palabras.

–¿Lo ves? –sonrió cuando por fin la furgoneta se puso en movimiento.

–No me gusta nada ese ruido. Deberías llevarla a algún taller. Yo conozco a un buen mecánico, se llama Manny Álvarez. Te daré su número o le llamaré yo mismo si te parece.

El motor de la furgoneta sonaba como si estuviera a punto de explotar.

–No hace falta, pero gracias.

–Lo digo en serio. Tienes que llevarla a un taller antes de volver a Boston…

–Sí, bueno, no te preocupes.

Era una cabezota. Naldo tuvo que sonreír. Anna siempre había tenido pimienta en la sangre. Y eso era lo que la hacía tan buena competidora cuando eran pequeños.

Pero ya no era pequeña. No, ahora era toda una mujer. Naldo miró su perfil iluminado por los faros de la furgoneta. ¿Cómo era posible que el chicazo se hubiera convertido en una mujer tan guapa y tan elegante?

–¿Por qué me miras así?

–Te estaba admirando –contestó él.

–Pues deja de hacerlo. Me pone nerviosa.

No llevaba alianza en el dedo, se fijó Naldo.

Había terminado con aquel tipo del todo. Pero… por qué le importaba eso, no tenía ni idea.

Anna frenó delante de la casa y la furgoneta dejó escapar una especie de suspiro de alivio. ¿Por qué conducía un cacharro como aquél ahora que tenía dinero?

Por obstinación, seguro.

–Yo abriré la puerta –dijo Naldo–. Si me das las llaves.

–Sé abrir puertas yo solita –murmuró Anna, saltando de la furgoneta.

–Veo que sigues teniendo que hacerlo todo por ti misma.

–Qué pesado –suspiró ella, tirándole las llaves–. Ah, veo que sigues siendo capaz de atrapar las cosas al vuelo –Anna le hizo un guiño que despertó una agradable sensación en su entrepierna–. Tengo que buscar una cosa en la parte de atrás. Abre la puerta y enciende las luces.

–Muy bien.

La oscuridad ocultaba una sonrisa diabólica.

Naldo abrió la puerta y buscó el cajetín con la mano… para bajar el interruptor general.

–¿Qué pasa con la luz? –preguntó Anna.

–Creo que se han fundido los plomos.

Se alegraba de que la oscuridad ocultara su sonrisa de satisfacción. No quería que Anna se pusiera a buscar… hasta que lo hubiera hecho él.

–Vaya, qué rollo.

–Es que hemos tenido problemas de electricidad últimamente. Por el viento, ya sabes. Seguramente volverá por la mañana. Llamaré a la compañía eléctrica cuando llegue a casa.

–¿Cómo es que en tu casa hay luz?

–Tenemos un generador para estos casos –mintió Naldo, pasándose la lengua por los dientes. Las situaciones desesperadas requerían medidas desesperadas.

–Entonces, supongo que los pobres campesinos que trabajan para ti tendrán que contentarse con ir tropezando en la oscuridad.

–Sí –sonrió él.

–Espero que mi madre tenga velas –murmuró Anna, entrando a tientas en la cocina–. Sí, aquí están. Y las cerillas… al lado de este viejo hornillo de gas que no le cambiasteis nunca.

–Estás muy guapa a la luz de las velas –dijo Naldo.

–Tú también –sonrió Anna–. En fin, me encantaría ofrecerte algo, pero creo que la cena de doce platos que iba a ofrecerte tendrá que esperar. Bueno, adiós. Puedes empezar a andar.

A Naldo se le ocurrían otras muchas cosas que le gustaría hacer en ese momento. Como, por ejemplo, subir al diminuto dormitorio en la oscuridad y ponerse a sudar entre las sábanas con aquella nueva y deliciosa Anna y su fiera actitud. Si no fuera por su deber hacia la familia, se dejaría llevar por la tentación de encender el fuego que intuía en ella…

Pero, desgraciadamente, entre la obligación y el placer, la obligación tendría que ser lo primero.

–¿Seguro que puedes dormir aquí? Supongo que tendrás que cambiar las sábanas.

Ella estiró los hombros, orgullosa. Ah, y la nueva Anna tenía pecho. Alto, generoso.

*«La obligación siempre puede esperar hasta mañana»*. Naldo se pasó la lengua por los labios, excitado.

–¿Por qué tengo la impresión de que estoy sola en casa de la abuelita con el lobo feroz?

Naldo tuvo que contener el deseo de lanzar un aullido.

–En serio, podría quedarme aquí contigo… si no quieres estar sola en la oscuridad.

–No, gracias. Conozco bien la casa. Antes vivía aquí, ¿recuerdas? Me iré a la cama y empezaré a limpiar por la mañana.

–Muy bien –suspiró él, en cierto modo aliviado.

Pero el alivio no lograba contener el deseo que sentía por Anna. En fin, nada que una ducha fría no pudiera solucionar–. Nos vemos por la mañana.

¿Doscientos cincuenta mil dólares y no los había aceptado? La luz del sol que entraba por la ventana sin cortinas hizo que Anna guiñase los ojos. ¿Había perdido la cabeza?

Había sido la arrogancia de Naldo. Pero era una estupidez. Ella necesitaba ese dinero.

No había cambiado las sábanas porque no veía nada en la oscuridad, de modo que eran las mismas en las que su madre había dormido por última vez… sólo unos días antes. Aún olían a violetas, a su cariño… a su hogar.

Ojalá pudiera abrazarla por última vez como estaba abrazando la almohada en aquel momento, pensó.

*«¿Por qué tuviste que morir antes de que tuviéramos la oportunidad de entendernos como adultas?».*

Una horrible sensación de pena la envolvió entonces. Por un lado, se alegraba de que su madre hubiera muerto pensando que todo le iba bien en la vida, pero por otro deseaba haber sido sincera con ella.

Anna intentó contener las lágrimas mientras se levantaba de la cama. No se merecía el lujo de la autocompasión. El aire acondicionado no funcionaba, de modo que seguía sin luz. Tendría que llamar a averías para poder guardar las cosas en cajas antes de que Naldo cambiase de opinión sobre el dinero.

Cuando abrió la ventana el olor a azahar la envolvió. Y esa sensación del nuevo día, de que todo estaba por hacer…

¿Cómo había podido olvidar aquella sensación?

Era como si el mundo entero fuese una promesa de cosas maravillosas.

Los árboles nuevos que Robert León había plantado cerca de la casa diez años antes se habían convertido en majestuosos naranjos, sus ramas se hallaban cargadas de fruta.

Los había plantado porque a su madre le gustaban los naranjos y una vez dijo que le encantaría vivir en medio de la plantación. Al adusto pero encantador magnate le había hecho gracia ese comentario y juntos eligieron la variedad de naranjo justo en aquel momento del año, en primavera.

Y ahora los dos habían desaparecido.

Suspirando, Anna bajó a la cocina, agachando la cabeza para no darse con las vigas, y se dirigió al cajetín de los fusibles.

El interruptor general estaba bajado. No era ningún corte de luz. ¿Cómo no se le había ocurrido eso a Naldo? No, claro que no. Él tenía criados que pensaban esas cosas por él, pero ella debería haberse dado cuenta.

Enfadada, pulsó el botón negro y el aire acondicionado se puso en funcionamiento. En fin, al menos podría hacerse un café y, en aquel momento, necesitaba un café como un vampiro necesitaba sangre.

Con el primer trago de café colombiano Anna despertó a la vida. Estaba a punto de tomar otro cuando un golpe en la puerta la sobresaltó.

–¿Quién es?

–Hola, soy yo.

Naldo. ¿Qué querría ahora?

¿Debía salir en pijama? Anna se pasó una mano por el pelo, nerviosa, antes de abrir la puerta.

Naldo, de un metro ochenta y ocho, ocupaba todo el marco, bloqueando la luz. Llevaba el uniforme de su equipo de polo: botas hasta la rodilla, camisa blanca y negra y unos pantalones de montar que se ajustaban a sus largas y poderosas piernas.

–Tu furgoneta bloquea el camino –dijo, impaciente–. Tienes que moverla ahora mismo.

¿Las palabras «por favor» no figuraban en su vocabulario?

Anna entró en la cocina para buscar las llaves, incómoda con su pijama rosa.

–Podrías dejarla en la parte de atrás.

–¿Por qué no has ido tú por la parte de atrás? –replicó ella, indignada.

–Esta casa está en el camino del campo de polo. Es el único acceso y todo el equipo está esperando. Los espectadores llegarán en cualquier momento.

–¿A esta hora de la mañana? Pero si son las ocho…

–Pues claro, antes de que empiece a hacer calor. Venga, date prisa.

Anna lo miró, atónita. ¿Le estaba dando órdenes? Enfadada, levantó su taza de café y tomó un buen trago.

–¿A qué estás esperando?

–Estaba tomando un café, si no te importa. Y no trabajo para ti, en caso de que lo hayas olvidado.

Naldo se cruzó de brazos, furioso, mirándola a los ojos. Y luego más abajo. Su mirada oscura se deslizó por la camisola del pijama… sobre sus pechos desnudos. Sus pezones se levantaron como si hubieran recibido una orden, empujando contra la fina tela y desafiando así sus propios deseos.

Naldo la miró entonces con una arrogante sonrisa en los labios.

Anna, retadora, levantó la taza y volvió a tomar otro trago de café, que de repente le sabía tan amargo como el veneno.

Pero Naldo dio un paso adelante y, antes de que ella pudiera hacer nada, tomó las llaves de la encimera. Anna dejó la taza sobre la mesa e intentó quitárselas, pero él no la dejó. En cambio, la tomó por la cintura…

Y buscó sus labios en un beso apasionado.

El aroma de su piel mezclado con el olor a cuero de las botas era tan increíblemente masculino que la mareó. Anna cerró los ojos mientras dejaba que la besara, apretándola ardientemente contra su

pecho. Sus labios se abrieron para recibir la caricia de su lengua mientras sus pezones se endurecían contra el torso masculino…

*«Naldo León está besándome».*

La adolescente que había en ella se emocionó con el placer inesperado de un sueño hecho realidad. Un sueño que había tenido durante tanto tiempo que se había convertido casi en una leyenda.

Y ella, como en sus sueños, se derretía entre sus brazos.

Pero entonces Naldo se apartó.

A Anna le latía con fuerza el corazón mientras se llevaba una mano a los labios. ¿Qué acababa de pasar?

Naldo León le mostró las llaves.

–Gracias –dijo con frialdad antes de darse la vuelta.

# *Capítulo Tres*

Anna caminaba por la acera echando humo por las orejas. Naldo León se merecía recibir latigazos en público. No. Los latigazos serían demasiado buenos para él. Merecía que lo colgasen.

Menuda cara entrar en su casa y besarla como si fuera el señor del castillo ejerciendo su derecho de pernada.

Agggg. Anna tuvo que contener el deseo de gritar a plena luz del día en el centro de Round Lake, una pequeña ciudad que parecía de otro siglo.

En aquel momento, el sol hacía brillar los escaparates de las tiendas y los sonrientes paseantes eran una afrenta para ella.

¡Le había quitado las llaves de la furgoneta como si fueran suyas! Y no se las había devuelto.

Sencillamente, la aparcó en la parte de atrás y las dejó puestas en el contacto.

Increíble.

Ella se quedó en la casa, oyendo en la distancia los gritos de los jugadores de polo, los golpes sobre la bola y los relinchos de los caballos. Luego todos volvieron a casa por el camino que pasaba delante de la suya con sus trailers para los caballos y sus coches de lujo… en busca de una nueva diversión.

Le gustaría tomar una maza de polo y darle a Naldo…

Pero no. Ella no era así.

Anna respiró profundamente mientras se acercaba al bufete del abogado. Llevaba en el bolso el sobre que le habían dado después de la lectura del testamento.

Las escrituras y el plano de la propiedad. De su casa.

Cuando salió del bufete media hora después no tenía tantos humos. Palabras como «cruce de caminos», «linderos» y «derecho de paso» daban vueltas en su cabeza.

El abogado se había reído ante la idea de demandar a Naldo León. Según él, las costas del juicio serían carísimas y las posibilidades de ganarlo, muy pocas.

No tenía más remedio que vender.

Pero cuando llegó a la casa, Naldo estaba allí.

–¿Qué haces en casa de mi madre?

Con el uniforme de polo, ahora manchado de barro, Naldo llenaba la diminuta cocina.

–Estaba buscándote.

–Me estás ensuciando el suelo de barro.

Naldo miró sus botas, que no estaban tan limpias como por la mañana.

–Enviaré a alguien para que lo limpie.

–Pero la puerta estaba cerrada…

–Tengo una llave –la interrumpió él.

–Ésta es mi casa. No tienes ningún derecho a entrar –protestó Anna. Pero luego recordó que tendría que vendérsela y lo mejor sería no enfadarlo–. Perdona, es que estoy un poco… han sido unos días muy difíciles.

–Lo sé y te pido disculpas por besarte esta mañana. Ha sido completamente inapropiado.

Anna intentó disimular su decepción. ¿Por qué?

¿Había esperado encontrarlo abrumado de pasión, buscando algo más? ¿Que se enamorase locamente de ella? Por favor.

–Acepto la disculpa.

–Yo también he pasado un par de días horribles. Supongo que estoy un poco… alterado.

Ella asintió con la cabeza, deseando que se fuera mientras aún mantenía cierta semblanza de control.

–¿Me harías el honor de cenar conmigo esta noche? –preguntó Naldo entonces–. Estoy avergonzado por mi comportamiento y me gustaría compensarte de alguna manera.

Ni un brillo de humor en sus ojos oscuros.

Anna tragó saliva. *«¿Me harías el honor?»*.

Sus palabras la sorprendieron. Naldo hablando con ella como si fueran iguales…

*«Cálmate. Sólo quiere quedar bien para que le vendas la casa. Y tú necesitas vendérsela tanto como él necesita comprarla».*

–Sí, de acuerdo.

–Muy bien. Vendré a buscarte a las ocho.

Anna intentó contener la emoción. Sólo era una cena de negocios, un intercambio de las escrituras por un cheque. Y al día siguiente podría irse con la dignidad intacta.

Cuando la puerta se cerró tras él, las huellas de barro en el linóleo del suelo llamaron su atención. No había huellas sólo desde la puerta a la cocina… no, estaban por todas partes, hasta en el baño. Había paseado por toda la casa.

Incluso había estado en el piso de arriba, comprobó Anna, alarmada. En la habitación de su madre, en su dormitorio… ¿Para qué?

Anna se mordió los labios, intentando entender. Quizá trataba de asegurarse de que la casa seguía siendo suya…

¿O estaba buscando algo?

Anna, con un vestido azul claro, esperaba en la puerta cuando Naldo apareció a las ocho en su Alfa Romeo rojo.

Su expresión decidida hizo que se le encogiera el estómago.

–Hola –consiguió decir, con una sonrisa en los labios. Naldo miró por encima de su hombro.

–Veo que has estado guardando las cosas de tu madre.

Estaba guapísimo con una camisa de lino y unos vaqueros de diseño.

–Pues sí. Esta tarde he guardado muchas de sus cosas en cajas. Me da no sé qué tirar nada... No sabía que mi madre guardase ejemplares de revistas desde 1997, con notitas marcando las recetas que más le gustaban. Incluso he encontrado un artículo del que sacó la idea para las cortinas de encaje.

Anna se dio cuenta entonces de que hablaba sin parar porque estaba nerviosa.

–¿Nos vamos? –preguntó Naldo, ofreciéndole su mano. Sin saber qué hacer, Anna levantó la suya y él besó suavemente sus dedos.

Y Anna se inflamó por dentro como si hubieran encendido una cerilla.

Naldo soltó su mano para abrirle la puerta del coche. Debería sentirse irritada por ese gesto tan anticuado, sobre todo después del beso de por la mañana, pero…

–No creo que vayamos a tener un accidente de aquí a mi casa –sonrió él, al ver que se ponía el cinturón de seguridad–. Veo que eres más juiciosa ahora que cuando hacíamos carreras en los carritos de golf de mi padre.

–Con la edad llega la cautela –respondió Anna.

–Antes te apuntabas a todo.

–Porque era joven y tonta.

–Eras divertida –dijo Naldo, arrancando el deportivo–. Lo pasábamos muy bien juntos.

–Sí, yo era uno más de los chicos, ¿no? Siempre dispuesta a jugar a lo que fuera.

Él la miró un momento, sorprendido.

–Lo dices como si estuvieras arrepentida. O como si hubieras querido algo más.

*«Y así es».*

–Una vez dijiste que me llevarías a la fiesta de graduación –le recordó Anna, aunque lamentó inmediatamente haberlo dicho.

Pero cuántas noches había permanecido despierta en su cama,

soñando con entrar con Naldo en el gimnasio del instituto…

–¿Ah, sí?

–Sí. ¿Tan raro te parece?

–No, no. Es que no me acuerdo.

Anna miró su aristocrático perfil mientras conducía. Ni siquiera se acordaba de algo que había sido tan importante para ella. Qué infantil ilusión pensar que el gran Naldo León la acompañaría al baile de graduación en un instituto público, un lugar en el que él no había puesto un pie en su vida.

–¿Por qué ibas a acordarte? No tiene ninguna importancia.

La amargura que había en su voz hizo que Anna apretase los dientes. Qué tonta. Veintiséis años y ya parecía una amargada. Eso no le gustaba nada en absoluto.

–Admito que no te veía de esa forma. Para mí eras una amiga, una colega, como los demás. ¿Entiendes?

–Sí, ya lo sé. Además, es verdad que lo pasábamos muy bien juntos.

Naldo sonrió y Anna comprobó que aún seguía teniendo hoyuelos en las mejillas. Recordaba esos hoyuelos de cuando eran más jóvenes. Ese tiempo significó mucho para ella, aunque para Naldo León no hubiera significado nada. Naldo y ella, juntos en El Paraíso.

–La verdad, fueron los mejores años de mi vida.

Naldo giró la cabeza y la seriedad de su mirada hizo que Anna deseara tragarse sus palabras.

Pero en fin, daba igual. Al día siguiente se habría ido.

–Ahora todo esto es tuyo –murmuró cuando la enorme mansión con columnas blancas en la entrada apareció al final del camino–. Es una casa preciosa. ¿De verdad tiene cuatrocientos años?

–No, qué va. No sé cuántas veces la reconstruyeron mis antepasados. Con los huracanes, los incendios… Esta casa tal y como está data del año 1912. Los muros exteriores tienen un metro de ancho.

–¿Para qué? En Florida hace calor.

–Para que no la tiren los huracanes. Y para que, si hay un incendio, los muros se mantengan en pie. A mi familia nunca le han interesado los seguros, pero querían que sus posesiones fueran indestructibles.

–¿No está asegurada?

–No. Los León siempre se han sentido orgullosos de quedarse con el dinero de la gente, pero no de regalárselo a una empresa de seguros por si hubiera una catástrofe. Mi padre decía que eso era

«apostar contra el éxito».

–Supongo que los León siempre han tenido tanto dinero que podían superar cualquier catástrofe.

–Exactamente –Naldo detuvo el coche frente a la casa–. Espera, deja que te ayude –dijo luego, alargando la mano para quitarle el cinturón de seguridad. Sus largos dedos rozaron el pecho de Anna, que salió del coche con las piernas temblorosas. Sus tacones se hundieron en la gravilla de la entrada–. Estás preciosa.

–Gracias –murmuró ella, colocándose un mechón de pelo detrás de la oreja. Naldo tomó su brazo mientras subían por la enorme escalera y Anna tuvo la sensación de que era un sueño haciéndose realidad… demasiado tarde.

De niño Naldo era guapísimo, muy delgado y con un gran sentido del humor. Ahora, más alto, más fuerte y con la pose lánguida de un hombre que conoce su propio poder, era para quitar el sueño. Los altos pómulos y la mandíbula cuadrada contrastaban de forma intrigante con aquellos hoyuelos y los brillantes ojos negros.

«Oh, Naldo». Afortunadamente, ella había estado en Boston durante los últimos ocho años, no allí, soñando con un hombre al que no podría tener nunca.

La puerta se abrió como por arte de magia.

–Gracias, Pilar.

–Hola –saludó tímidamente Anna al ama de llaves, como si estuviera en el lugar equivocado. Como si aquél no fuera su sitio por ser hija de la cocinera. Aunque todo eso fuera demasiado anticuado.

Naldo no soltaba su brazo y Anna podía sentir el calor de su piel a través de la camisa. Temblaba de emoción ante la presencia masculina y, al recordar el beso de por la mañana, sus pezones despertaron a la vida. La excitación fue cortada de raíz al recordar que eso era algo que no volvería a pasar nunca más.

*«¿Estás loca?». «Este arrogante te besó sin pedir permiso y ahora tú estás pensando como una cría».*

–Parece que la cena está lista –esa vez, Naldo la llevó al comedor grande, donde habían puesto servicio para dos personas en la gran mesa de caoba.

–A tu padre le gustaba comer aquí. ¿Vas a seguir la tradición?

*«¿O esto es sólo para intimidarme?».*

–Las tradiciones pueden ser muy tranquilizadoras, a veces.

Anna miró alrededor.

–Ese retrato de tu madre es muy bonito.

La altiva belleza morena, con un elegante vestido de seda negro, parecía mirarla con cierto desdén. Anna la recordaba como una mujer fría que lo criticaba todo y a todos.

–Sí, era muy guapa. Y una mujer muy inteligente, además. Hablaba varios idiomas y era una gran bailarina antes de casarse con mi padre.

–Recuerdo la habitación de arriba, con la barra y la pared de espejos… ¿era de tu madre?

–Sí, tenía que bailar todos los días durante un par de horas o le dolía la espalda. Podría haber sido una bailarina famosa.

–¿Y por qué lo dejó?

–¿Te imaginas a mi padre dejando que mi madre bailase en un escenario? –Naldo levantó una ceja mientras tomaba un sorbo de vino.

–Pero si era bailarina de ballet… eso no es como el Moulin Rouge.

–Mi madre sabía cuál sería su papel al casarse con mi padre: estar siempre a su lado y darle un heredero. Y amar a su marido, claro.

Había una sequedad en su tono que la sorprendió. Los León siempre habían parecido la pareja perfecta: los dos inteligentes, guapos, ricos, con gran estilo. ¿Habría sido una fachada?

–¿Tus padres eran felices? –preguntó Anna.

Desde su divorcio sentía gran curiosidad sobre otros matrimonios. ¿Por qué algunos amores duraban toda la vida y otros no? ¿Por qué después de casarse con alguien se descubría que nunca había habido amor?

–Claro que fueron felices. Estaban hechos el uno para el otro –contestó Naldo bruscamente.

–La verdad es que tu madre me daba un poco de miedo. Era tan… perfecta.

–Era una perfeccionista. Y yo también. Si algo merece la pena, hay que hacerlo lo mejor posible. Supongo que estarás de acuerdo.

–Por supuesto. Y hablando de perfeccionismo… –Anna miró el ejército de cubiertos que rodeaba su plato–. ¿Cuál debo usar?

–Empiezas desde fuera y vas hacia dentro. O, al menos, creo que se hace así. Pero por mí puedes usar la cucharilla del café si te apetece. Eso me da igual –sonrió Naldo, pinchando una zanahoria.

Sonriendo también, Anna tomó el tenedor más alejado del plato.

Naldo se reclinó en la silla, alegrándose de que el potencialmente peligroso tema de sus padres hubiera quedado atrás. Por un momento, había sentido el irracional deseo de contarle la

verdad.

Pero sabía que no debía hacerlo. Él había sido educado para proteger el honor de la familia León a toda costa. Y eso pensaba hacer.

Y eso significaba guardar algunos secretos.

Mientras Anna tomaba un trocito de coliflor y lo ponía entre aquellos dos labios perfectos, esos pensamientos se esfumaron, reemplazados por un súbito deseo.

No podía apartar los ojos de ella. Sus facciones infantiles habían madurado, convirtiéndola en una mujer preciosa. La sombras en sus ojos azules sugerían sabiduría y secretos propios. Y con aquel vestido azul estaba bellísima.

Pero nada podía compararse con la visión de Anna por la mañana, con aquel pijama rosa, el cabello despeinado, las mejillas rojas de indignación…

Naldo tomó otro sorbo de vino. Anna estaba especialmente guapa cuando se enfadaba… o cuando se excitaba. Y él estaba deseando volver a verla en ese estado.

¿Sería tan malo pasarlo bien antes de hablar de negocios? La atracción era mutua, eso estaba claro. Ella se había derretido mientras la besaba.

La química que había entre ellos era explosiva.

*«Si hace el amor como jugaba al tenis…»*

–Naldo –la voz de Pilar interrumpió sus menos que apropiados pensamientos–. Isabela está aquí.

–¿Qué? Pensé que esta noche cenaba en el St. Augustine.

Pilar se encogió de hombros.

–Le he dicho a Vicki que prepare cena para ella. ¿Debo colocar otro servicio?

–Sí, por favor.

La inesperada llegada de su hermana acababa de estropear sus planes de seducir a Anna esa noche. Secretamente esperaba que Isabela volviese a París inmediatamente, como solía hacer después de las brevísimas visitas a su padre. Pero no quería que se sintiera poco bienvenida ahora que la casa era suya. Ahora él era el cabeza de familia y era su deber mantenerla unida.

–Isabela –Naldo se levantó para saludar a su hermana, que entró en el comedor en un revoloteo de seda–. Por favor, siéntate con nosotros. ¿Conoces a Anna Marcus?

Isabela se detuvo en seco para mirar a Anna, que se había levantado educadamente. Esos negros e incisivos ojos se clavaron en los suyos y una diminuta arruga apareció en su ceño.

Las dos mujeres se miraron en silencio durante un momento de tensión y luego Isabela se adelantó, con los tacones repiqueteando sobre el suelo de madera.

–No, no nos conocemos.

–No, es cierto. Creo que estudiabas en Europa cuando yo me vine a vivir aquí con mi madre. Ahora vives allí, ¿no?

–En París. Salvo cuando tengo que viajar por trabajo –contestó ella.

–Isabela es directora de ópera –explicó Naldo–. Y prefiere el mundo del arte europeo.

–Pero hay buenas compañías de ópera en Estados Unidos, ¿no? –preguntó Anna.

Isabela la fulminó con la mirada.

–No se pueden comparar con la Ópera de París o La Scala de Milán. Aggg, estas verduras están pasadas –dijo luego, mirando su plato–. En Europa los empleados están mucho mejor entrenados… ah, perdona, no quería ofenderte. Se me había olvidado que tu madre también era una empleada.

–Sí, cocinó para tu padre durante quince años –asintió Anna, con una sonrisa en los labios. Naldo tuvo que sonreír también. Pocas mujeres se atrevían a enfrentarse con Isabela León.

–Lo sé, te vi durante la lectura del testamento. Un legado impresionante para una cocinera, ¿no? –Isabela tomó un sorbo de vino.

–Supongo que tu padre sabía cuánto le gustaba a mi madre vivir aquí.

–¿O sería porque era «una queridísima amiga»?

Naldo se puso tenso. ¿Qué estaba haciendo su hermana? Isabela era tan peligrosa e impredecible como ese enorme caniche que solía llevar a todas partes.

–Isabela es un espíritu libre. Nunca se queda en ningún sitio demasiado tiempo. ¿Cuándo vuelves a París?

–No lo sé. Había pensado en quedarme aquí algún tiempo porque París está lleno de gente en esta época del año –contestó su hermana con gesto de aburrimiento–. La vida sería mucho más soportable si tuviera una casita en el campo para escapar de todo.

–Pero si tienes una casa en Cap D'Antibes –le recordó su hermano–. Y una villa en el lago Como.

–Ya, bueno, pero esos sitios están llenos de turistas. No puedo soportarlos. No, me apetece algo rústico en el valle del Loira, quizá. Una casa como ésta, en el campo, donde pueda vivir rodeada de naturaleza.

Naldo ni siquiera intentó disimular una carcajada.

–¿Tú, rodeada de naturaleza?

–¿Por qué no? Me apetece cultivar algo…

–¿Qué? No sabía que te interesase cultivar algo más que las amistades adecuadas.

–He madurado, hermanito. Y, como artista, siento un gran aprecio por la belleza de la naturaleza. ¿Te acuerdas del sueño de mamá de comprar una finca y marcharse a Europa?

–El sueño de mamá no tenía nada que ver con el campo. Lo que pasa es que Estados Unidos nunca le pareció su hogar.

–¡Exactamente, cariño! Y tanto trabajo y tanto sudor por un montón de naranjas me parece indigno. Piensa en lo bien que vivirías en Francia. Po-drías tener un viñedo y dedicarte a fabricar champán. Podrías usar de nuevo el título familiar… Yo podría llevar la cabeza bien alta en sociedad. Te lo digo en serio, Naldo, no puedo ni soportar el zumo de naranja. Se me indigesta.

–La gente toma mucho más zumo de naranja que champán.

–Una razón estupenda para dedicarse a la fabricación de champán –replicó Isabela.

–Mira, estamos aburriendo a Anna con nuestra charla familiar –suspiró Naldo–. La he invitado esta noche para discutir un acuerdo sobre la parcela que papá le dejó en el testamento...

–No sé para qué. Sólo es un acre de terreno –Isabela tomó un sorbo de vino–. Si tuvieras un poco de sentido común parcelarías esta finca. Hay tanta gente buscando casa en Florida que te pagarían una fortuna por cada parcela.

–Tú sabes que no venderé nunca.

–¿No? Eso ya lo veremos.

Anna miraba de Isabela a Naldo, atónita.

–Puedo entender que tu padre le dejase esa casa a mi madre, pero… ¿y el libro de recetas? ¿Qué significa eso?

–Era la cocinera, ¿no? –Isabela no se molestó en mirarla mientras tomaba un espárrago.

–Sí, pero no sé de qué libro habla. He encontrado algunos en la casa, pero mi madre tenía sus favoritos aquí, en la cocina. ¿Alguien sabe a qué libro se refería tu padre en el testamento?

Naldo se movió en la silla, incómodo. Ése era un tema del que prefería no hablar. Letty había muerto y, con Anna en la casa, solucionar el asunto podría ser mucho más complicado y costoso de lo que su padre hubiera podido imaginar.

–¿Quién sabe? –suspiró Isabela–. Mi padre estaba ya muy mayor. ¿Por qué si no le importaría tanto un libro de recetas? Lo que

debería haber hecho es dividir la finca entre sus dos hijos en lugar de seguir la antigua y sexista tradición de dejárselo todo al varón.

Naldo tuvo que contener el deseo de rugir de desesperación.

–Tú recibes todos los años el estipendio de una reina. Y sabes perfectamente que la familia León está donde está porque no se ha apartado nunca de las tradiciones. ¿Cuántas familias pueden decir lo mismo? ¿Cuántas mantienen una finca como ésta durante cuatrocientos años?

–En Europa, muchas. Si viviéramos allí, quizá yo podría vivir con cierta dignidad.

–Dignidad sería lo único que nos quedase en Europa después de pagar impuestos –replicó Naldo.

–Qué tontería. Eres rico como Creso, pero no quieres compartir el dinero con tu hermana. Yo paso de las tradiciones.

–La tradición es lo más importante en esta familia, Isabela.

Su hermana lo miró, con una ceja levantada.

–Ah, claro. Supongo que eso explica esta cena íntima que he interrumpido.

–Anna y yo somos viejos amigos. Y estoy encantado de volver a verla –dijo Naldo, apartando la mirada.

¿Qué planes tenía Isabela?, se preguntó. Pero no quería pensar en ello. Lo que le apetecía en aquel momento era olvidarse de la cena y revolcarse con Anna entre las sábanas. Sus labios sabían cómo fresas maduras, pero ¿cómo sabría su garganta? ¿Y esos pezones que había visto levantarse bajo la camisola?

Mientras tanto, Anna seguía cenando. No parecía entender a qué se refería su hermana. Afortunadamente.

–Qué bien –dijo Isabela entonces–. ¿Pero no te da miedo que empiece a haber rumores? Seguro que la gente ya ha empezado a hablar después de la lectura del testamento. Aunque supongo que no importa, claro. Todo el mundo de aquí a Palm Beach sabe lo de la aventura de papá.

Naldo apretó los puños.

–No te pongas dramática –le dijo, mirando a Anna de reojo–. Los dos sabemos que papá quiso honrar a nuestra madre después de su muerte permaneciendo soltero.

–No tenía alternativa… por las circunstancias.

Naldo se preguntó entonces, asustado, si Isabela iba a descubrir la verdad sobre la muerte de su madre.

Algo de lo que la familia jamás había hablado.

–Relájate –dijo su hermana–. Sólo quería decir que los hombres son como son. Pero incluso en este país, uno no puede esperar que

un León se case con la cocinera.

–¿Qué? –Anna levantó la mirada, atónita.

–No le hagas caso…

–¿Estás diciendo que mi madre y tu padre…?

–Eso son tonterías –replicó Naldo.

Su hermana soltó una carcajada.

–Por favor… sólo hombres como papá y tú pensarían que pueden mantener una aventura en secreto durante años. Pero claro, ¿qué importan los sentimientos de los demás cuando tú eres el señor de todo y de todos? –Isabela tiró la servilleta sobre la mesa–. En fin, tanto recordar a la familia me ha quitado el apetito. Me voy a mi habitación.

–Naldo… –empezó a decir Anna cuando Isabela salió del comedor–. No puede ser verdad.

–Son habladurías –dijo él, sirviéndose otra copa de vino.

–Pero… es que sería lo más lógico. Por eso le dejó la casa y la parcela… –Anna se agarró a la mesa, con los nudillos blancos.

Naldo seguía sin creer que su padre hubiera cometido aquella traición después de los disgustos que su aventura había causado en la familia. Su relación con Leticia Marcus había sido causa de peleas entre su padre y él. Peleas nunca resueltas. Un borrón en una relación que él siempre había esperado solucionar.

Pero ya no podría hacerlo porque su padre estaba muerto.

Naldo se echó hacia atrás en la silla, nervioso.

–Veo por tu expresión que es verdad –dijo Anna entonces–. Sé que no te gusta, pero es verdad.

–Sí, es verdad. Ojalá no lo fuera, pero… –Naldo apoyó los codos en la mesa y la miró a los ojos–. Es culpa de tu madre que mi padre haya muerto.

# *Capítulo Cuatro*

–¿Qué has dicho? –Anna parpadeó, indignada e incrédula.

–Que su muerte mató a mi padre.

–Pero mi madre murió en un accidente de tráfico. ¿Cómo pudo ser culpa suya…?

Naldo la miró durante unos segundos, en silencio.

–Cuando mi padre recibió la noticia del accidente de tu madre, tuve que llevarlo al hospital. Cuando llegamos, tu madre ya había muerto y cuando la vio en el tanatorio…

Anna se quedó helada al imaginar a su madre tumbada allí, sola…

–Mi padre cayó al suelo desmayado –siguió Naldo–. Tuve que sujetarlo yo, Anna. Y nunca recuperó la consciencia. Fue un infarto masivo. Gracias a un ventilador artificial lo mantuvieron vivo durante tres días, con cables por todo el cuerpo...

Y después murió.

Anna se mordió los labios.

–Se le rompió el corazón –murmuró, atónita.

Él asintió con la cabeza.

–En fin, todo eso ya ha terminado.

–No puedo creer que mi madre nunca me contase nada.

Ella siempre había pensado que tenían una relación muy cercana, pero se había ido a la universidad y después de eso…

La conversación fue interrumpida por la llegada de la nueva cocinera con una bandeja. La pobre mujer se quedó inmóvil al ver la expresión solemne de los dos comensales.

–Filete de lenguado en salsa de oloroso con patatas nuevas y…

–Gracias, Vicki. Tiene una pinta estupenda –la interrumpió Naldo.

Cuando la cocinera desapareció, cerrando discretamente la puerta tras ella, Anna miró a Naldo.

–Nunca me dijo nada. Yo no tenía ni idea.

–Quizá tu madre sabía que estaba mal.

–¿Por qué? ¿Por qué iba a estar mal? Tu padre era viudo y ella no se casó nunca. Los dos eran adultos… y mayores de edad.

–Mi padre tenía un compromiso con mi madre…

–El matrimonio es un compromiso hasta la muerte. No dudo que tu padre quisiera mucho a tu madre, pero eso no significa que tuviese que morir con ella. ¿Es que no querías verlo feliz?

–Mi padre era feliz.

–Sí, aparentemente, era feliz con mi madre –replicó Anna. La enfurecía que Naldo le hubiese ocultado aquello. ¿Qué más le habría ocultado?, se preguntó–. ¿Es por eso por lo que has estado husmeando por toda la casa? ¿Buscabas pruebas que pudieras destruir?

Naldo frunció el ceño.

–No sé a qué te refieres.

–Por favor, has dejado huellas de barro por todas partes. Hasta en el piso de arriba.

Naldo la estudió un momento y luego se reclinó en la silla.

–Estaba buscando una cosa, sí.

–¿Qué?

–Unas joyas. Eran de la familia, pero mi padre se las regaló a tu madre.

–¿Tu padre le hizo regalos a mi madre y tú has decidido recuperarlos por tu cuenta, sin contar conmigo?

–Esas joyas llevan siglos en la familia, son parte del legado de los León. Deberían ser devueltas…

–¿Valen mucho? –lo interrumpió Anna.

–Sí. Naturalmente, pienso compensarte…

–¿No me digas? Si pensabas compensarme, ¿por qué no me has preguntado si las tenía yo?

–Porque entonces te habrías preguntado por qué las tenía tu madre.

–Y tú no querías que yo supiera nada de la relación que mantuvo con tu padre, claro. Pero Robert debía de quererla de verdad si le regaló esas joyas.

La imagen del formidable y adusto Robert León con su tímida y dulce madre… Sin embargo, lo habían pasado muy bien eligiendo esos naranjos para la parcela. ¿Por qué no había pensado antes que podría haber algo entre ellos?

–Fue una relación de conveniencia, nada más –dijo Naldo entonces.

–¿No me digas? Ah, claro, ahora lo entiendo –replicó Anna, irónica–. Ahora entiendo que tu padre le dejase la casa. Por ti. Sabía que tú odiabas esa relación y que cuando muriese intentarías echarla de aquí… como estás intentando echarme a mí. Tu padre no quería que echases a mi madre de El Paraíso.

–Podrías comprar una casa mucho mejor con ese dinero.

–Con doscientos cincuenta mil dólares no se compra mucho hoy en día.

–Muy bien. Entonces, te pagaré cuatrocientos mil dólares.

–¿Eso incluye las joyas? –preguntó Anna.

–Las joyas tendrían que ser tasadas y el precio negociado.

–Pero aún no las has encontrado. Quizá mi madre las vendió.

–No, ella no haría eso.

–¿No? ¿Por qué sabes qué no?

La puerta se abrió entonces y Tom, el mayordomo, entró para retirar los platos. Apenas habían probado el lenguado. Y cuando Vicki entró con el postre, seguían en silencio. A la familia siempre le había gustado que la cocinera sirviera la comida porque así podían preguntar por los ingredientes y la preparación. Pero Naldo se limitó a dar las gracias.

–Supongo que todos los empleados lo sabían –dijo Anna cuando volvieron a quedarse solos.

–No lo sé, es posible.

–Isabela también, claro. De modo que no es un secreto.

–Supongo que puedo contar con tu discreción. Ninguno de los dos quiere que esto se convierta en tema de cotilleo.

–¿Ah, no? A lo mejor tu padre le regaló esas joyas para comprar su silencio –Anna se levantó, con el corazón acelerado–. Pues, ¿sabes una cosa? Me avergüenza conoceros. Mi madre era una mujer maravillosa que fue tratada de forma bochornosa por mi padre y, por lo visto, por el tuyo también.

–No entiendes la situación…

–La entiendo perfectamente. Mi madre servía para acostarse con ella, pero no para casarse…

Estaba tan indignada que apenas podía hablar.

¿Por qué había soportado su madre esa humillante situación? Anna salió del comedor como una tromba y estuvo a punto de tropezar con Pilar. Pe-ro su furgoneta estaba aparcada en la casa…

Se habría destrozado los zapatos cuando llegase allí, pero iría caminando.

Naldo no la siguió. Y ella no esperaba que lo hiciera. Sabía que volvería a buscar el dinero. Tenía que hacerlo. Y eso sólo hacía que el largo paseo a la luz de la luna fuese más triste.

***

En medio de la noche, Naldo, en su dormitorio, miraba por la ventana, pensativo. ¿Por qué no podía Anna ponérselo más fácil?

Había una luz encendida en la casita, podía verla desde allí. Tampoco Anna podía dormir.

Pero vendería. Tendría que vender. Ya nada la retenía allí. Sólo era cuestión de ponerse de acuerdo en el precio. ¿Qué más daba que sus padres hubieran sido amantes? Eso era el pasado y no tenía nada que ver con ellos.

Pero su padre había sido un buen hombre. Un hombre generoso y honesto. Y había querido a Letty Marcus como si fuera su esposa.

¿Era justo hacerle creer a Anna que sólo la había utilizado? Al decirle que sólo había sido una relación de conveniencia había deshonrado a su padre y la memoria de su madre… y eso le dejaba un sabor amargo en la boca.

Naldo se pasó una mano por el pelo, nervioso.

La llorosa escapada de Anna lo había hecho sentir incómodo. Los dos se sentirían mejor si aclaraban las cosas. Además, de ese modo podrían hablar sobre el precio de la propiedad.

Su impulso de visitarla en mitad de la noche no tenía nada que ver con el deseo de besar esa boca exasperante hasta que guardase silencio. No pensaba en absoluto en arrancar la ropa de ese cuerpo pequeño pero atlético para investigar sus secretos más íntimos...

Todo lo contrario.

El fresco de la noche enfriaría su sangre.

Eran las tres de la mañana y Anna había puesto la casa patas arriba para buscar las joyas. Incluso rajó el colchón para ver si su madre las había escondido dentro. La casa era tan pequeña que no podía haber muchos escondrijos…

La sorpresa al conocer la aventura de su madre con Robert León hacía que viera todo lo que había en la casa de otra manera. ¿Encontraría cartas de amor? ¿Regalos? Después de cinco horas buscando en los cajones e incluso en las cajas que ya había cerrado, no encontró nada. Su madre había sido muy discreta y eso la entristeció aún más. Tan leal a su jefe, y amante, que jamás se atrevió a hablarle de la relación. Seguramente las joyas estarían en la caja fuerte de Robert León. Su madre jamás se las habría puesto en público… y Naldo tenía razón, no las habría vendido por nada del mundo.

Anna se frotó los ojos cansados. Los misterios de su madre seguirían siendo eso, misterios. Una vida llena de secretos. Como la identidad de su padre, un hombre que la dejó embarazada y luego, como por casualidad, reveló que estaba casado.

Desde luego, ella tenía razones para odiar a los hombres. Se había casado con Barry Lennox cinco años antes, llena de esperanza y de amor… y él la había traicionado de todas las formas posibles.

El matrimonio lo había significado todo para ella.

El compromiso de cuidar el uno del otro, de amarse para siempre… Anna se había prometido a sí misma que no cometería el mismo error que su madre, pero había dejado que su marido la utilizase.

Suspirando, se dejó caer en el sofá, oyendo el crujido de los muelles como cuando tenía diez años y llegaron allí desde Cincinnati para empezar una nueva vida.

Sus ojos se llenaron de lágrimas entonces. ¿Podría encontrar suficiente esperanza para empezar otra vez?

Un golpecito en la puerta hizo que se levantara de un salto.

–Anna.

¿Qué demonios hacía Naldo allí a las tres de la mañana?

–Sé que estás despierta. He visto la luz encendida.

–Vete –dijo ella.

–Déjame entrar, por favor.

–Tienes una llave, ¿no?

Anna apretó los dientes cuando oyó que la metía en la cerradura y se secó las lágrimas a toda prisa.

Naldo León iba despeinado, con el flequillo cayendo sobre la frente. Ahora, con la camisa de lino arrugada y por fuera del pantalón, no tenía el elegante aspecto de unas horas antes.

Desgraciadamente, seguía siendo igual de guapo.

–Tú tampoco podías dormir, ¿verdad?

–Estaba buscando las joyas. Pero no he podido encontrarlas.

–Olvídate de las joyas –dijo Naldo entonces–. Tu madre hizo feliz a mi padre. Y él la quería, la quería mucho. Lo que te he dicho antes… no sé por qué lo he hecho. No es verdad. Se querían.

Anna se mordió los labios, intentando contener la emoción.

–Si no le hubiera querido, no habría estado con él.

Naldo dio un paso adelante para abrazarla. Ella intentó protestar, pero la protesta murió en su boca. Hacía tanto tiempo que no recibía consuelo de nadie…

–Hace tres años que no venía a visitarla –dijo en voz baja.

–Pero ella sabía que la querías, que trabajabas mucho y por eso no podías venir a verla.

–Siento mucho lo de tu padre, Naldo. Sé que lo querías de verdad.

–Nunca habrá nadie como él.

–Tú eres como él.

–Sí, tan cabezota como una mula y dos veces más duro. Esta tarde debería haber estado leyendo las cartas de pésame en la biblioteca, pero he estado comprobando el sistema de irrigación.

Como habría hecho mi padre –murmuró Naldo, con una triste sonrisa en los labios.

–¿No tienes empleados que hacen eso?

–Claro, pero lo hago yo mismo porque los árboles son como la familia para nosotros. Llevamos la tierra en la sangre. Sangre y sudor.

–Especialmente sudor –sonrió Anna–. De pequeño siempre ibas hecho un asco.

–Y tú –murmuró él, acariciando su espalda–. Los dos somos duros, Anna. Y por eso seguiremos adelante con nuestras vidas y haremos que se sientan orgullosos de nosotros.

*«Tú sí… ¿pero yo?».*

Cuando sintió los labios de Naldo rozando los suyos no pudo protestar. Ni siquiera quería hacerlo. La cálida lengua masculina se deslizó dentro de su boca… la fuerza de sus brazos la hacía experimentar un anhelo que no había querido albergar nunca más.

Pero el deseo aumentó cuando Naldo deslizó las manos por su espalda para acariciar sus nalgas.

Anna dejó escapar un gemido cuando él le mordisqueó el labio inferior. Sin pensar, hundió los dedos en su pelo y deslizó las manos por su musculosa espalda.

Un profundo y masculino gemido emergió de su garganta cuando Anna metió las manos bajo la cinturilla del pantalón. Sintió que se ponía duro, la erección apretándose contra la cremallera.

Cuántas veces había deseado aquel momento.

Naldo y ella, abrazados…

Las caricias de su lengua le robaban el aliento.

Anna frotó sus pechos contra el torso masculino, sus pezones anhelaban el contacto, mientras apretaba las caderas contra él…

*«Te quiero, Naldo. Siempre te he querido».*

Ese pensamiento la sobresaltó de tal modo que tuvo que apartarse un poco. Pero no apartó las manos de Naldo, que se habían deslizado bajo su camiseta para desabrochar el sujetador.

Él acariciaba sus pechos con una mano dura, llena de callos, y el roce con el suave pezón la hizo sentir un escalofrío…

De repente, Naldo la tomó en brazos y la sentó sobre la mesa en la que una vez había hecho los deberes. La superficie fría, de formica y metal, hizo que sintiera la humedad de su sexo bajo las braguitas de algodón.

Él cerró los ojos mientras buscaba el pezón con la boca. Ella, con los ojos abiertos, maravillada, jugaba con su pelo mientras Naldo hundía la cabeza entre sus pechos.

Chupaba con fuerza y el pulso de Anna se aceleró mientras él seguía besando su estómago, acariciando sus muslos con manos expertas.

Las sensaciones que provocaban esas caricias eran tan… nuevas. Puro placer, la sensación de ser un tesoro, de ser querida.

*«Él no te quiere».* Ese pensamiento fue como una puñalada.

*«Una relación de conveniencia».* Así era como Naldo había descrito la relación de su madre y Robert León.

Él estaba solo, ella estaba allí por casualidad…

En ese momento, Naldo le bajó el pantalón y las braguitas para hundir la cabeza entre sus piernas. La punta de su lengua rozó la suave carne, ex-plorando su húmeda cueva... Chupaba hambriento, apretando sus muslos, empujándolos contra la mesa.

Una intensa expresión contorsionaba sus facciones. Los ojos cerrados, el pelo sobre la cara, parecía completamente absorto…

En ella.

Anna, abrumada por las sensaciones, intentó apartarlo. Naldo la miró a los ojos. Su mirada oscura, seria, penetrante, exigente, despertó algo des-conocido dentro de ella.

Sin decir nada, Naldo León la tomó por la cintura para levantarla de la mesa. La llevó así por la escalera hasta el dormitorio y la dejó suavemente sobre la cama. Anna le desabrochó los botones de la camisa, buscando la suave piel de su torso, mientras él se bajaba la cremallera del pantalón para liberar su miembro.

Tuvo que apartarse un poco para quitarse el pantalón y el aire frío hizo que Anna abriera los ojos. Al ver a Naldo desnudo se quedó sin aliento.

Su piel morena, el ancho torso cubierto de suave vello oscuro, las facciones arrogantes… todo en él era masculina perfección.

Con expresión concentrada, le bajó los pantalones y las braguitas. Luego sacó un preservativo del bolsillo del pantalón, que había dejado en el suelo, y se lo puso, sin dejar de mirarla. Anna sintió un estremecimiento interno al verlo duro y erecto…

Con un dedo, Naldo le levantó la cara para mirarla a los ojos.

–Anna –fue todo lo que dijo antes de tomar sus labios.

Despacio, conteniéndose, se deslizó dentro de ella. Anna se restregaba, incapaz de controlarse, dejando escapar gemidos de placer. El delicioso peso masculino la sujetaba a la cama. Deseaba liberarse y deseaba no hacerlo. Los jadeos roncos de Naldo la excitaban aún más. Y luego, cuando tomó su cara entre las manos, para besarla casi bruscamente mientras la embestía con fiera

intensidad… sintió que perdía la cabeza.

Anna envolvió su espalda con los brazos, experimentando algo que no había experimentado antes. Sentía que llegaba el orgasmo; era como una ola que parecía apartarse para luego golpear con fuerza, como un tsunami, mientras el nombre de Naldo escapaba de sus labios.

–Naldo –la sencilla palabra penetró el silencio de la noche cuando el hombre, dejando escapar un gemido sordo, caía sobre ella.

Se quedaron en silencio, jadeando, sudando, la dura mejilla de Naldo sobre la suya, sus dedos enredados en su pelo. Su cuerpo atrapado en una prisión deliciosa.

Piel con piel, su corazón latía con fuerza bajo el del hombre.

Y Anna se sentía feliz.

Era la culminación de un millón de fantasías infantiles, un sueño imposible hecho realidad.

Naldo y ella, uno en los brazos del otro.

Naldo se apartó a un lado con una sonrisa en los labios, pero sin separarse de ella.

–Vas a por todas.

–¿Eh?

–Cuando jugabas al tenis no me dejabas ganar un solo set. Jugabas con fuerza, pero controlando. Y veo que no reservas tu pasión para las pistas de tenis.

Ella lo miró un momento.

–Hace tiempo que no juego. Al tenis quiero decir.

–Ah. Pero algo me dice que sigues siendo la mejor –sonrió Naldo–. Quizá tengamos otra oportunidad de jugar antes de que te vayas.

Luego se apartó para quitarse el preservativo.

*«Antes de que te vayas».* Esas palabras le dolieron. Eran un recordatorio de que aquello sólo había sido un juego, algo repentino, inesperado. Probablemente sólo había ocurrido porque Naldo sabía que iba a marcharse de allí. No había ningún peligro de que ella esperase nada.

–¿Qué te pasa? –le preguntó, al ver su expresión.

–Nada, es que estoy cansada.

–Pues duerme. Yo también estoy cansado.

Naldo apoyó la cabeza en la almohada, su pelo oscuro en contraste con la tela blanca. Pero, aun con los ojos cerrados, acariciaba su cara con una mano.

Como si fueran una pareja de verdad.

Anna cerró los ojos. No quería pensar en eso.

Pero… ¿qué podía haber de malo en disfrutar un poco, en vivir un sueño, aunque sólo fuera por una noche?

El fuerte brazo de Naldo apoyado en su cintura hizo que pronto se quedase dormida con una mezcla de placer y relajación… y miedo.

Por la mañana, la marca de la cabeza de Naldo en la almohada era la única señal de que él había estado allí. Anna parpadeó. ¿Habría sido un sueño?

No. El aroma de su colonia seguía en la almohada, en todo su cuerpo.

Debía de haberse marchado temprano, pensó.

Probablemente tenía que trabajar o acudir a alguna reunión. No había ninguna nota. Pero Naldo León no era el tipo de hombre que dejaba notas.

Anna respiró profundamente. ¿Qué pasaría ahora? ¿Volverían a estar juntos?

Justo en ese momento oyó ruido sobre su cabeza. Nunca habían sido capaces de librarse de aquellos malditos ratones… entonces oyó un golpe. Un ratón no podía hacer tanto ruido. Nerviosa, se incorporó. ¿Dónde demonios estaba su ropa?

Encontró los pantalones en el suelo y, a toda prisa, buscó una camiseta. El ruido se había convertido en un estruendo, como si estuvieran arrastrando un mueble. No, un ratón no podía hacer eso.

–¡Oiga! –gritó, saliendo al pasillo–. ¿Qué pasa ahí arriba?

¿Habría algún empleado de la finca en el altillo?

Anna lanzó un grito cuando la trampilla cayó justo sobre su cabeza.

La de Naldo apareció inmediatamente en el hueco.

–He encontrado las joyas.

# *Capítulo Cinco*

–¿Cómo demonios has subido ahí? –preguntó Anna, con el corazón acelerado.

–A pulso –contestó él–. Toma, sujeta esto –le dijo después, entregándole una cajita de madera.

Anna tomó la caja y abrió la tapa, nerviosa. Un montón de gemas de varios tamaños brillaban en el interior, forrado de terciopelo. Había tantas joyas…

Naldo bajó de un salto y le quitó la caja de las manos.

–¿Qué haces? Eran de mi madre.

–Son parte del legado familiar, lo siento.

–Pero tu padre se las regaló a mi madre. Eran de ella.

–Ya te dije que te compensaría por el valor de estas joyas.

Anna se dio cuenta entonces de algo terrible: Naldo sólo había ido a la casa a buscar las joyas.

Se había acostado con ella por eso…

–¡Dámelas!

–He dicho que te pagaré…

–¿Y cómo vamos a saber lo que valen? Primero habría que tasarlas.

–Lo haremos, no te preocupes.

–No, lo siento. No confío en ti.

Naldo abrió la boca como si lo hubiera abofeteado.

–Tú sabes que soy un hombre de palabra.

–¿Ah, sí? Me he acostado contigo y por la mañana te encuentro rebuscando en una casa que no es tuya para encontrar unas joyas que tu padre le regaló a mi madre. Lo siento, pero no confío en ti en absoluto. ¡Eres un ladrón!

Naldo le ofreció la caja con gesto brusco y Anna la apretó contra su pecho.

–No soy un ladrón. Haz que las tasen y te pagaré lo que me digas.

–Muy bien.

Sin decir una palabra más, Naldo León se dio la vuelta y bajó la escalera.

Su sueño hecho realidad se había convertido en una pesadilla.

–Desde luego, estos orfebres victorianos eran muy creativos –el joyero, un hombre mayor, miraba una de las joyas a través de una lupa–. Ésta debe de ser de 1880… con un gusto muy innovador. ¿De

dónde dice que las ha sacado?

–Son una herencia familiar –contestó Anna.

–No reconozco el trabajo. Su familia debió de comprárselas a un joyero que no era de aquí. Pero algunas de estas piezas son más antiguas. Ésta, por ejemplo… –el hombre levantó un broche dorado rodeado de piedras azules–. Ésta podría ser del siglo XVIII. Y este anillo… –murmuró, tomando una alianza dorada con una enorme gema roja– podría ser una reproducción, claro. De hecho, debe de serlo, pero es del estilo de la época isabelina. ¿Hay actores en su familia?

–No –contestó Anna–. Y necesito que me diga cuánto valen.

–Pues verá… no es tan fácil. ¿Tiene usted algún documento que acredite que son de su propiedad?

–No.

El joyero levantó una ceja.

–Seré franco con usted. No hay mucha demanda para este tipo de joyas, pero algunas de las gemas son auténticas, así que le doy… ciento cincuenta mil dólares por todo. ¿Le parece bien que se lo dé en efectivo? Así la transacción será más fácil.

Un dinero que no tendría que darle Naldo, pensó Anna. Y más que suficiente para salir adelante.

Pero sabía que no podía aceptarlo. Además, no confiaba en aquel hombre. No parecía honesto.

–¿Cuánto le debo por la tasación?

–No ha sido una tasación real, ya que no le he dado el valor preciso de cada pieza, de modo que es gratis –contestó el joyero–. Mire, le daré ciento setenta y cinco mil… porque me parece una buena chica.

Anna tomó la caja de joyas y se levantó.

–No son mías, no puedo venderlas. Son de la familia, así que tendré que hablar con ellos primero.

Y luego salió de la tienda antes de que el joyero volviese a hacerle una tentadora oferta.

¿Podía venderle a Naldo algo que había sido de su familia? Desde luego, ella necesitaba el dinero. Y él se lo merecía.

–¿Las has llevado a la joyería de la calle Mayor? –le preguntó Naldo, furioso.

–Era la más cercana y tenía un cartel que decía: *Se hacen tasaciones*.

–Pero ese sitio es prácticamente una tienda de empeños. Me sorprende que no te haya ofrecido dinero en efectivo…

Anna se mordió los labios.

–Te ha ofrecido dinero en efectivo, ¿verdad?

–Pues sí. Ciento setenta y cinco mil dólares.

–Patético. Esas joyas valen mucho más. Menos mal que no lo has aceptado.

–¿De verdad valen tanto dinero?

–¿Qué? –Naldo estaba haciendo uso de todo su autocontrol para no entrar en la casa como una tromba y llevarse la caja, que estaba sobre la me-sa–. Valen casi un millón de dólares. Algunas son tan antiguas… ¿de dónde le dijiste al joyero que las habías sacado?

–Le dije que eran de mi familia –contestó Anna–. Porque es verdad.

–Los dos sabemos de quién son en realidad. Y no deberías haberlas llevado a un joyero local que sumará dos y dos y enseguida averiguará a quién pertenecen.

–¿Por qué? ¿Te parece mal que la gente sepa la verdad? –le espetó Anna.

–Los asuntos privados de mi familia son eso, asuntos privados –replicó él–. Lo último que necesitamos es que la prensa se entere de lo que había entre mi padre y tu madre.

–¿Y por qué iba a importarle a la prensa?

–Porque mi padre era Robert León.

–Y mi madre era su cocinera, ¿no? Te da vergüenza que la gente sepa que tu padre se acostaba con una criada. Eres tan clasista como tu hermana. De verdad crees que mi madre estaba por debajo de él…

–Tú sabes que yo apreciaba mucho a tu madre –la interrumpió Naldo–. Y sabes tan bien como yo que la prensa lo convertiría en un escándalo. ¿De verdad quieres que la gente piense en tu madre como la criada que se acostaba con el jefe?

Anna parpadeó, nerviosa.

–Quizá eso es mejor que no ser recordada en absoluto.

–El recuerdo de tu madre siempre será muy querido aquí.

–No, eso no es verdad. Tú estás intentando borrar su memoria. Quieres comprar la casa para dejarlo todo como estaba antes de que tu padre tuviese la temeridad de enamorarse de alguien que no era tu madre. Estás tan colgado con esa relación supuestamente ideal que no quieres ver la realidad –le espetó Anna, airada–. La vida no es como el blanco y negro de tu uniforme de polo, Naldo. No se puede tomar la realidad y recortarla para hacer de ella lo que a ti te gusta. En la vida todo son diversos tonos de gris, es complicada, rara a veces. Y a veces inconveniente. Pero es real y tú no puedes ofrecerle dinero para…

Naldo vaciló. Sí, estaba cansado de que la vida no fuera lo que él quería. Durante una década se había debatido entre la lealtad hacia su orgullosa y difícil madre y el amor que sentía por su padre, que había encontrado la felicidad con la mujer equivocada. Él sólo quería romper con todo, olvidarse de todo y empezar otra vez.

Y Anna se había dado cuenta.

–¿Cuánto quieres por las joyas y la casa?

–¿Quieres decir cuánto estoy dispuesta a aceptar para mantener la boca cerrada? ¿Cuánto dinero necesito para dejarte en paz?

–Tú sabes que no quería decir eso. Sólo quiero compensarte de forma justa…

–Para que no vuelva a molestarte, claro. Para que no vuelva por aquí a pedir dinero y a recordarte, a ti y a todo el mundo, que la majestuosa familia León tiene un esqueleto en el armario. Pues mira, se me está ocurriendo que podría ir a los periódicos para contar la historia…

–Tu madre jamás habría hecho eso.

–No, ella sabía cuál era su sitio, ¿verdad? La leal cocinera de la familia, la silenciosa criada. Tan circunspecta que ni siquiera confió en su propia hija. Es una vergüenza que tu padre y ella mantuvieran una relación durante tanto tiempo sin casarse. Como si ella no valiese nada. Todos creen que Robert León era un caballero, un hombre noble para quien el recuerdo de su difunta esposa era un tesoro… Pero a mí me encantaría contarle a todo el mundo qué clase de hombre era en realidad.

Naldo, por instinto, dio un paso adelante.

–¡No me toques! –gritó Anna–. ¡Vete de aquí!

Estaba a punto de llorar, pero no quería que Naldo lo viese.

Él la miró, sin saber qué hacer. Deseaba tomarla por los hombros y decirle que no podía hacer eso. Pero también deseaba abrazarla y consolarla por el dolor que veía en sus ojos. Deseaba quitarle la ropa y…

–¡Vete de aquí!

Naldo se dio la vuelta. No tenía sentido discutir con una mujer que estaba histérica. Especialmente cuando se sentía el deseo de besarla hasta que guardase silencio.

Debería aprender de los errores de su padre.

Esa relación con Leticia Marcus habría sido un escándalo y, al final, lo había matado. Naldo no tenía la menor duda de que su padre seguiría vivo si no fuera por Letty Marcus.

Y él había decidido tiempo atrás que nunca dejaría que una mujer le hiciera eso.

Pero en aquel momento lo que necesitaba era una ducha fría. Para recuperar el control.

A la mañana siguiente, Naldo estaba desayunando un pomelo cuando oyó el repiqueteo de los tacones de Isabela.

–Buenos días, hermanito.

–Buenos días.

–Estás tardando mucho en librarte de la señorita Marcus, ¿no? Pensé que ya se habría ido.

–Yo también. No sé por qué se está poniendo tan difícil. Pero me venderá la casa, te lo aseguro.

–Yo no estoy tan segura como tú –replicó su hermana.

–¿Qué quieres decir con eso?

–Es muy guapa.

–¿Y qué?

–Y tú eres un hombre –Isabela mordió una tostada.

–No tengo ningún interés en Anna.

–¿Ah, no? ¿Dónde estuviste anoche?

–Aquí.

–Bueno, no, me refiero a la noche anterior. Saliste alrededor de las tres de la mañana y volviste a la hora del desayuno.

Naldo tomó el periódico.

–Qué enternecedor que te preocupes por mí, Isabela.

–Claro que me preocupo. Lo último que necesita esta familia es otro escándalo.

–La última vez no hubo escándalo alguno. La muerte de mamá fue un accidente…

–Tú eras un niño. No tienes ni idea de lo que hizo papá para tapar el asunto. Incluso pagó a la policía, compró a los periodistas... ¿tú piensas hacer lo mismo?

–Yo no tengo que hacer nada.

–¿Ah, no? ¿Qué harías si publicasen en el periódico que duermes en la casa de la criada, como hacía papá?

–¿Por qué iba a importarme? Yo no estoy casado, puedo acostarme con quien quiera.

–¿Con la hija de la cocinera?

–No hay nada malo en ello. Además, Anna no es la cocinera. Es una mujer de negocios.

Isabela sonrió, irónica.

–La cosa va mucho peor de lo que yo esperaba. Pero te conozco, eres igual que papá. Harás lo que tengas que hacer para que el

apellido León no sea arrastrado por el lodo.

Naldo respiró profundamente. En eso tenía razón.

–¿A qué te refieres?

–Ahora que papá se ha ido, todos aquéllos que recibieron dinero de él han suspirado de alivio. ¿Y si les da por hablar? Si empiezan a comentar lo que le pasó a mamá… El apellido familiar será legendario pero no del modo que a ti te gustaría.

Después de decir eso, Isabela se levantó de la silla para colocarse a su espalda.

–¿Qué haces?

–Estás muy tenso, querido –contestó su hermana, masajeando sus hombros–. Pobre Naldo. Ni siquiera con estos hombros tan anchos serás capaz de soportar el peso del escándalo. No te envidio en absoluto. De verdad.

Naldo la miró, sin poder ocultar una sonrisa.

–¿Por qué no te has casado nunca, Isabela? Tienes cuarenta años.

–Treinta y tres.

–Sí, seguro. No, en serio, ¿por qué no sales con nadie?

–¿Quién ha dicho que no salgo con nadie? Pero en fin, la verdad es que prefiero no arriesgarme. Después de lo que le pasó a mamá… Mis ilusiones sobre el amor y el matrimonio quedaron destrozadas a una tierna edad.

–No sabía que fuera así.

Era cierto que, para Isabela, la muerte de su madre había sido un golpe terrible. Entonces Naldo sólo era un niño. Desde entonces, Isabela había vuelto muy pocas veces a la finca. Su hermana era exactamente igual que su madre, quien había apoyado su deseo de ser cantante de ópera, aunque su padre se oponía, quizá porque de ese modo vivía a través de ella sus sueños de ser una gran bailarina.

Pero la carrera de Isabela como cantante no llegó a ninguna parte. Había dirigido una o dos óperas sin mucha importancia… Y no estaba casada.

Debía de sentirse muy sola. Naldo sintió pena por ella.

–¿Qué vas a hacer con tu vida, Izzy?

–Ya te lo he dicho, quiero un sitio tranquilo.

Un par de cientos de acres para construir una barrera contra el mundo cruel.

–¿Unos cientos de acres en Europa? Quizá deberíamos invadir Mónaco.

–Lo sé, lo sé. Pero si vendieras la finca… Europa te encantaría,

Naldo. La gente sabe vivir con estilo allí. Entienden la importancia de las tradiciones…

–A mí me gusta vivir aquí.

–Qué cabezota eres. Igual que papá.

–Y mamá. Y tú.

Isabela soltó una carcajada.

–Sí, supongo que somos todos iguales. Es como el final de una saga, ¿no?

–O el comienzo de una nueva. Yo sé lo que hago.

–Ya, claro. Por cierto, las joyas de mamá… He mirado en su vestidor, pero no están allí. ¿Tú sabes algo?

–No –contestó Naldo, después de aclararse la garganta.

–Siempre habían estado en su vestidor. ¿Sabes si están en el banco?

–¿Por qué? ¿Te las quieres poner para alguna ocasión especial?

–Quizá alguna pieza. Para recordar a mamá.

–¿Y si yo las quisiera para mi mujer?

–Naldo, es increíble que todo lo que fue de nuestros padres te pertenezca a ti. Es injusto.

–Ya sé que es injusto, pero las cosas son como son. Si se divide todo con cada generación, tarde o temprano no queda nada.

Isabela levantó la cabeza, orgullosa.

–No seas egoísta. Tú sabes que me parezco mucho a mamá. Me encantaría tener alguna joya suya para recordar –Isabela cerró los ojos en un gesto dramático– cómo eran las cosas antes de su muerte…

*«Guárdatelo para La Scala».*

–Pues buena suerte, querida. Nuestro padre le regaló las joyas a Leticia Marcus.

Si Isabela quería drama, iba a tenerlo.

–¿Qué?

–Que papá se las regaló todas. No sé si fue pieza a pieza o todas a la vez. Pero ahora las tiene Anna. Y yo estoy intentando recuperarlas.

-*¡Mon Dieu!* Papá debió de perder la cabeza por completo. Eso no puede ser legal. No se mencionaban las joyas en el testamento… ¿por qué no le pides que te las devuelva? O se las quitas, directamente. Son nuestras.

–Eso no sería honesto.

–¡A la porra con la honestidad! Estamos hablando de una herencia familiar.

–Le he ofrecido dinero, pero es tan cabezota como los León.

–¿No quiere vendértelas?
–Por ahora no. Pero las venderá, te lo aseguro.

Era por la tarde y Anna no había terminado de guardar las cosas en cajas. El antiguo despertador de su madre seguía encima de la mesilla, las figuritas de Lladró seguían en el salón, la colección de caracolas en el cuarto de baño... Era como si las cosas de su madre se negaran a entrar en las cajas.

Como si hubieran decidido quedarse allí.

–¡Anna!

La voz de Naldo la sobresaltó. ¿Qué querría ahora?

–¿Qué quieres? –gritó, asomándose por la ventana.

–Hola –sonrió él. ¿Cómo podía tener la audacia de parecer contento de verla? Debía de estar buscando algo.

–Hola.

–¿Puedo entrar?

–¿Cómo puedo evitarlo?

Unos segundos después, Naldo estaba a su lado.

–¿Qué quieres?

–Sólo venía para ver si necesitabas ayuda.

–No, gracias.

Naldo se pasó la lengua por los labios.

–He estado pensando… Debería llevar las joyas a Breathley Brothers, en St. George. Ellos trabajan con joyas antiguas y pueden hacer una tasación exacta. Además, soy yo quien tiene los documentos de propiedad.

–Ah, y yo pensando que habías venido a ayudarme –suspiró Anna, irónica–. Iba a pedirte que pasaras la fregona por el cuarto de baño.

–Celia lo haría mejor –sonrió Naldo–. Puedo decirle que venga, si quieres. Además, no creo que yo cupiera en ese cuarto de baño tan pequeño.

Una imagen de Naldo desnudo metido en la diminuta ducha asaltó la imaginación de Anna…

–Muy bien. Yo las llevaré a esa joyería.

–Podríamos ir juntos.

–¿Cuándo?

–Ahora mismo –contestó él, cruzándose de brazos–. Pero antes tenemos que pasar por mi casa para buscar los documentos.

–Estupendo. Pero antes tengo que cambiarme de ropa.

–¿Para qué? Estás muy guapa con esos pantalones cortos.

–No creo que el joyero estuviese de acuerdo.

–Que piense lo que quiera; no va a decir que no a un buen negocio –replicó Naldo.

Cierto. Un antiguo apellido y unas joyas aún más antiguas garantizaban el interés de cualquier joyería. Además, seguramente Naldo no había oído la palabra «no» en toda su vida.

–De todas formas, voy a cambiarme.

–Muy bien, yo te miro.

–¡De eso nada! Espérame abajo.

Riendo, Naldo salió del dormitorio, pero Anna tuvo que tragar saliva. Incluso siendo tan arrogante la excitaba.

Necesitaba un cinturón de castidad. Un vestido de su madre. Si se ponía algo de su madre, seguramente Naldo se alejaría de ella como de la peste. O eso esperaba.

# *Capítulo Seis*

Naldo frunció el ceño cuando Anna bajó al salón.

–¿Vas a ponerte eso?

–¿No te gusta? –sonrió ella, dándose una vueltecita con el vestido de lunares.

–Sí, bueno, es que pareces…

*«Tu madre»*.

–Haz eso otra vez.

–¿Qué?

–Que te des la vuelta como antes.

Ella obedeció, esperando ver consternación en los ojos oscuros del hombre. Pero no, todo lo contrario.

–Te queda muy bien –Naldo salió de la casa y abrió la puerta del Alfa Romeo–. Deberías ponerte vestidos más a menudo.

Anna entró en el coche, irritada. No había servido de nada.

Unos minutos después, Naldo salía de su casa con los documentos de propiedad de las joyas.

–¿Por qué no te pones unos pendientes? Te irían bien con ese vestido.

–No, gracias. No quiero acostumbrarme.

–Ah, es comprensible.

Durante el camino hasta St. George fueron charlando, sobre todo sobre la finca y los planes de Naldo. Anna contestaba a las preguntas sobre su trabajo con entusiasmo; al fin y al cabo, el negocio inmobiliario se le había dado muy bien. Y consiguió hacerle olvidar su curiosidad sobre su futuro con respuestas inconcretas.

Era extraño que pudiesen hablar sobre la finca, el trabajo o sus planes durante horas. Su amor por El Paraíso era evidente. ¿Cómo sería tener un hombre que la quisiera con esa intensidad, con esa devoción?, se preguntó.

Anna apartó los ojos de su perfil. Era absurdo pensar que Naldo León pudiese quererla alguna vez.

Naldo aparcó frente a un antiguo edificio en la mejor zona de St. George. Había llamado desde el móvil para avisar de su llegada y fue recibido en la puerta por un joven con un traje de lino claro que lo llamaba por su nombre de pila.

¿Qué estaba pasando allí? ¿Sería un amigo suyo haciéndose pasar por un joyero? ¿Iba a hacer una falsa evaluación para darle menos dinero del que debería?

El hombre del traje claro los llevó a una habitación llena de

muebles de estilo victoriano y les ofreció un té helado. Naldo lo rechazó, pero Anna aceptó. Y se arrepintió enseguida.

¿Y si estaba envenenado? ¿Sería parte del plan de Naldo para librarse de ella de una vez por todas?

La lunática dirección de sus pensamientos la alarmó. Naldo León nunca haría algo así. Estaba intentando no reírse a carcajadas cuando un hombre alto y delgado entró en la habitación.

–Señor León, me alegro de volver a verlo.

–Hola, señor Hackford. Le presento a Anna Marcus.

–¿La futura señora León?

–No –contestaron Naldo y Anna a la vez.

–Ah, perdón. En fin, ¿en qué puedo ayudarles?

Naldo le explicó lo que querían.

–Muy bien. Traigan las gemas a mi despacho, por favor –sonrió el hombre, haciéndoles un gesto con la mano–. He visto estas piezas antes –dijo después, cuando los cuatro estuvieron sentados–. El señor León las trajo hace años para que hiciese una tasación.

–¿Para asegurarlas? Qué raro, mi padre no creía en los seguros.

–No sé cuál era la razón, pero le hice una tasación exacta entonces. Espere, voy a buscar mis libros.

Cuando empezó a detallar el valor de cada pieza, Anna se quedó literalmente boquiabierta. Tres de las joyas tenían más de trescientos años. Un collar contenía un diamante tan famoso como el Estrella del Mar, que una vez perteneció a un maharajá y había sido llevado a Estados Unidos por uno de los antepasados de Naldo. Las piezas victorianas que el otro joyero había dicho que podrían ser reproducciones eran auténticas…

Al final, el precio total de las joyas estaba… entre dos y tres millones de dólares, con ilimitado potencial en una subasta.

–¿Por qué no se mencionaban estas joyas en el testamento? –murmuró Anna mientras salían de la joyería. Naldo llevaba la caja entre las manos y parecía tan sorprendido como ella. Y tenía razón, aquello era una herencia familiar, no tenía ningún sentido que las tuviese su madre.

–No lo sé. Quizá mi padre no quería que tu madre se las quedara.

–Pero si se las dio y no hay papeles…

–El regalo no sería legal, Anna. No lo digo para engañarte, puedes consultarlo con cualquier abogado. Habría que pagar impuestos, además.

–Ah, ya.

Las joyas no eran suyas, estaba claro. No sabía si sentirse decepcionada o no. En realidad, nunca había tenido derecho a ellas. Y Naldo lo sabía.

Lo había sabido desde el principio.

–Lo siento mucho, Anna… –empezó a decir él, acariciando seductoramente su brazo.

–¿Qué es lo que sientes?

–Lo de las joyas…

–Por favor…

–Tranquila. No estoy intentando engañarte. Te aseguro que te compensaré…

Ahí estaba otra vez, ofreciéndole dinero.

Nada más que dinero.

No tenía intención de darle absolutamente nada más.

–No me toques.

–¿Qué?

–He dicho que no me toques. Si tienes cincuenta dólares, me gustaría tomar un taxi.

–¿Qué? –Naldo la miraba como si hubiera perdido la cabeza.

–Que prefiero volver a casa en taxi.

Él metió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó un billete de cincuenta dólares.

–Gracias. Te los devolveré.

Naldo iba a decir algo, pero el golpe de la puerta lo silenció. Anna empezó a caminar por la acera, sintiendo los ojos del hombre clavados en su espalda, y el billete de cincuenta dólares arrugado en la mano.

Quizá su madre no había sido capaz de resistirse al encanto de Robert León y por eso había aceptado ser su amante, pero ella no cometería el mismo error.

El sol estaba alto en el horizonte y Anna había dejado de guardar cosas en cajas. Era imposible.

Aunque parecía haber poco, no terminaba nunca. Además, no tenía que ir a ningún sitio. ¿Por qué tanta prisa? Había vendido algunas de las piezas de Lladró en la joyería donde quisieron estafarla y tenía dinero suficiente para aguantar unos días más.

Y para devolverle a Naldo sus cincuenta dólares, que había guardado en un sobre y metido en el buzón.

Estaba tumbada en el sofá, echando un vistazo a un libro de recetas escritas a mano que había encontrado en uno de los cajones de la cocina. ¿Sería aquel libro el que mencionaba el testamento? ¿Por qué iba Robert León a mencionar ese libro de recetas?

Aunque era precioso. Forrado en piel, parecía un libro antiguo. Su madre había escrito las recetas con buena letra e incluso había algunos dibujos en acuarela. Eso la sorprendió. No sabía que su madre supiera dibujar. Pero, aparentemente, había muchas cosas que no sabía sobre Leticia Marcus. Anna se mordió los labios, emocionada. Y de las que ya no podrían hablar nunca…

Entonces oyó un ruido que la hizo saltar del sofá. Cuando se asomó a la ventana vio que era una cortacésped. Qué típico. Naldo debía de haberle dicho al jardinero que cuidase la parcela alrededor de la casa porque, al fin y al cabo, era suya. Pero no era así. Por el momento.

Y ahora que la casa y la parcela eran suyas, se sentía repentinamente posesiva. Incluso había empezado a pensar en quedarse a vivir allí. No tenía otro sitio al que ir por el momento.

De modo que salió a la puerta y llamó al jardinero. Era un chico joven al que no reconoció.

–Por favor, no corte el césped.

–Pero la hierba ha crecido mucho…

–Esta casa ya no es del señor León. Y el terreno tampoco.

–Lo dirá en broma.

–Pues no. Es mío. Mi madre vivía aquí y Robert León le dejó la casa en su testamento.

–¿Letty era tu madre?

–Sí.

–Ah, era una mujer muy simpática –sonrió el chico.

–Sí, bueno, te lo agradezco. Pero te agradecería mucho más que no cortases el césped. Quiero que la hierba crezca más, que tenga una imagen más natural.

–¿Más natural?

–Sí, bueno, ya sabes, como una casita en medio del bosque.

–Ya. En fin, usted es la jefa. Si no quiere que corte el césped… Me llamo Ricky, por cierto.

–Yo me llamo Anna.

Un Mercedes blanco apareció entonces por el camino y Anna tragó saliva al ver a Isabela.

–Tengo que irme –dijo Ricky, haciendo una mueca.

El joven se alejó mientras Isabela se quitaba las carísimas gafas de sol para salir del coche. Con una chaqueta de seda y pantalones a juego tenía un aspecto cómicamente elegante mientras atravesaba la alta hierba subida en sus tacones.

–Anna –sonrió–. Vengo a disculparme por lo de la otra noche. Es que estaba cansada y disgustada… te puedes imaginar. Volver a

casa después de tanto tiempo para esto… sospecho que fui un poco grosera contigo.

*«Desde luego que sí».*

–Sí, en fin…

–Soy una artista y tiendo a ser temperamental. ¿Firmamos la paz? –sonrió la hermana de Naldo, ofreciéndole la mano.

–En realidad, te agradezco que me contases la verdad. Yo no sabía nada sobre la relación entre tu padre y mi madre. Ahora todo tiene sentido.

Isabela asintió con la cabeza.

–Y ahora tienes esta casa. Ya tienes más que yo. Curioso, ¿verdad?

Anna casi sintió pena por ella.

–Es muy raro que tú no hayas heredado nada. Especialmente siendo la mayor.

–Pero soy una chica. Mi padre era un hombre muy anticuado, por eso me extraña tanto que le dejase esta casa a tu madre. Supongo que lo tenía… embrujado.

–O quizá tu padre se sentía culpable por no haberse casado con ella.

–Sí, bueno… pero en cualquier caso le dejó las joyas y por eso estoy aquí. Me gustaría comprar un par de piezas, por razones sentimentales.

Anna frunció el ceño. ¿Isabela no sabía que las tenía su hermano? ¿Ni que, supuestamente, les pertenecían a ellos?

–Las tiene Naldo.

–Sí, pero son tuyas. Mi padre pagó impuestos por regalarlas hace cinco años.

¿Ah, sí? Qué interesante que Naldo no le hubiera contado eso.

–¿Entonces, legalmente son mías?

–Desde luego. Y, por supuesto, mi querido hermano piensa comprártelas, pero a mí me encanta un anillo que tiene un león. Y ese diamante amarillo…

–Sí, bueno, aunque sean mías legalmente no sé si tengo derecho a venderlas –la interrumpió Anna–. Quizá cuando se las venda a tu hermano tú podrías comprárselas.

Isabela hizo un puchero.

–Mi hermano se niega a venderlas. Son herencia familiar y, según él, deben permanecer en el banco. Pero yo heredé algo de dinero, así que puedo pagarte bien. Y también son mis tesoros familiares, no lo olvides.

Anna sentía pena por ella. ¿Cómo podía soportar que su padre

prácticamente se lo hubiera dejado todo a su hermano? Y Naldo quería que las joyas siguieran en la caja fuerte del banco…

–En serio, yo no las tengo. Será mejor que hables con él.

La hermana de Naldo se pasó una mano por el largo pelo oscuro.

–¿Podríamos entrar un momento?

–Sí, claro.

–Esta casa es monísima, ¿no? –sonrió Isabela, mirando alrededor. Anna vio la pintura pelada, los muebles que no hacían juego, las figuritas baratas… y, por alguna razón, le gustaron más que nunca.

–Sí, lo es.

–Pero sé que no quieres quedarte a vivir aquí. Tú tienes un negocio, una vida. Yo tuve eso una vez, pero mi carrera… es un trabajo difícil y ya no soy tan joven como antes. Lo único que quiero es un sitio al que pueda llamar mi hogar. Éste podría ser mi hogar.

Anna parpadeó, sorprendida.

–¿Qué?

–¿Te gustaría venderme la casa? Sería un acto de hermandad.

¿Hermandad con Isabela León? ¿Qué estaba tramando? ¿Intentaba robarle esa propiedad a Naldo para poder reclamar parte de la finca?

–No puedo. Naldo se ofreció a comprarla antes que tú y sé que significa mucho para él.

–Pero también significa mucho para mí. Yo… no tengo raíces y estoy sola.

*«Te entiendo».*

–Ni siquiera sé si voy a vender. Me cuesta trabajo guardar las cosas de mi madre porque me estoy acostumbrando a estar aquí.

–¿Puede que te quedes? –exclamó Isabela entonces.

–Sí.

Nada más decirlo, ese pensamiento empezó a echar raíces en su cerebro.

El único problema sería la proximidad de Naldo León.

–No puedes quedarte. Mi hermano no lo toleraría. Naldo quiere preservar la integridad de la finca… no aceptará que otra persona viva aquí. Te lo digo en serio, tarde o temprano mi hermano conseguirá arrebatártela y te quedarás sin nada.

Isabela había dicho esta última frase entre dientes y en un tono tan aterrador que Anna sintió un escalofrío.

–Voy a contarte un secreto. Naldo me ha pedido que viniera. Cree que he venido para convencerte de que le vendas la casa… o

eso le he dicho que iba a hacer. Que iba a convencerte para que me la vendieras a mí. Los hombres no nos toman en serio, Anna. Creen que somos juguetes con los que pasar un buen rato y nada más. Cuando terminan con nosotras, nos apartan a un lado. Yo tengo que protegerme a mí misma y tú deberías protegerte también –Isabela inclinó a un lado la cabeza–. Sé que te has acostado con mi hermano, por cierto.

Anna apretó los dientes.

–¿Te lo ha contado él?

–No creas que se ha enamorado de ti, no seas tonta. Naldo quiere esta parcela y hará lo que haga falta para conseguirla. Protégete a ti misma, Anna.

Y después de decir eso, Isabela León salió de la casa y volvió a subir al Mercedes, dejándola boquiabierta.

¿Naldo había enviado a su hermana para convencerla con historias de «razones sentimentales» y exclusiones sexistas? No creía ni por un momento que Isabela quisiera la casa para vivir en ella. No tenía ningún sentido. No había heredado la finca, pero su padre le había dejado dinero suficiente como para comprar una mansión donde quisiera.

Estaba tramando algo, eso era evidente. Y también parecía ser evidente que Naldo estaba detrás de todo. Incluso había usado el sexo para conseguir lo que quería. ¿Qué otros planes tendría para echarla de allí?

Pero Anna iba a decirle claramente lo que pensaba de sus planes.

Furiosa, entró en la casa y se dirigió al teléfono.

La hoja de papel en la que había escrito su número seguía sobre la encimera, afortunadamente.

–Hola, Pilar. Soy Anna Marcus. ¿Puedo hablar con Naldo?

–Naldo se ha ido a la plantación del sur esta mañana. Cerca del camino de Santa Victoria.

–Muy bien. Gracias.

Anna tomó las llaves de la furgoneta y salió de casa como una tromba.

# *Capítulo Siete*

Anna vio el carrito de golf que solía utilizar el padre de Naldo, pintado en color granate, al final de un camino de naranjos recién plantados. Él debía de estar por allí, ladrando órdenes a los pobres empleados.

Intentó que el delicioso aroma de los árboles no contuviera su indignación. Quería estar indignada. Y quería decirle a Naldo León cuatro cosas.

Lo encontró al final del camino, de rodillas sobre la tierra, con una expresión totalmente concentrada. Estaba plantando algo y aplastaba la tierra con ternura…

*«Los árboles con como la familia para nosotros».*

–Naldo.

Él levantó la cabeza y la miró, sorprendido.

–Hola, Anna. Supongo que habrás venido para disculparte.

–¿Para disculparme? Lo dirás en broma.

Naldo se levantó, haciendo una mueca.

–Ven, vamos a dar un paseo.

Vestido de negro, con las mangas de la camisa por encima de los codos, tenía un aspecto informal, pero elegante. Ella, en cambio, llevaba un vestidito de flores que había encontrado en el armario de su madre. Seguramente harían una pareja extraña, paseando por el camino de naranjos…

Una ilusión. Blanco y negro, opuestos en todos los sentidos. Naldo y ella no tenían nada en común.

–Tú sabes muy bien por qué estoy aquí. Es patético que hayas enviado a tu hermana para que me convenciese de que vendiera la casa. No sabía que ése fuera tu estilo, enviar a una mujer para que solucione tus problemas. Pero veo que has cambiado.

Él se detuvo en medio del camino.

–¿Qué?

–Isabela ha ido a verme. Me ha gustado sobre todo el momento en el que ha apelado a una supuesta «hermandad».

–¿Hermandad? ¿De qué me estás hablando?

–Me ha advertido que tuviese cuidado contigo –siguió Anna–. Me ha dicho que no te detendrías ante nada para conseguir ese terreno.

Naldo soltó una carcajada.

–Desde luego me conoce muy bien. ¿Y tú tienes miedo?

–Yo no tengo miedo de nada –contestó Anna.

–Te creo. Es una de las muchas cosas que me gustan de ti.

–Y, por cierto, Isabela me dijo que tu padre le regaló oficialmente esas joyas a mi madre. Por lo visto, incluso pagó los impuestos debidos por deshacerse de ellas.

La sonrisa de Naldo desapareció.

–Sí, es cierto que pagó impuestos por deshacerse de las joyas. Eran suyas y ahora son tuyas. Te pido perdón por no habértelo contado antes, pero lo he descubierto esta misma mañana. Yo tampoco sabía nada.

Anna se aclaró la garganta. Estaba sorprendida, había esperado que Naldo lo negase.

–Mira, quiero hacerte una proposición. Quiero venderte las joyas y quedarme con la casa.

La idea se le había ocurrido en ese mismo instante. Eso no significaba que tuviera que vivir en la casa, pero estaría allí siempre para ella, un hogar al que volver. Y aún tendría dinero para volver al mundo profesional.

–No.

–¿Por qué no?

–O todo o nada. Necesito ese terreno, Anna. Es parte de la finca y la finca no se reparte.

–Ah, claro, fue un toque muy elegante que Isabela fingiera querer la casa para ella.

Naldo frunció el ceño.

–Yo no tengo nada que ver con la visita de mi hermana. Si ha intentado comprarte la casa, sería por sus propias razones.

–Ha dicho que quería vivir allí.

–Eso es imposible, de modo que ha de tener otros planes. Supongo que querrá vendérsela a alguna inmobiliaria para fastidiarme o para obligarme a parcelar la finca.

–No puede hacer eso. Es ilegal. El Paraíso no se puede dividir.

–Ya lo sé, pero supongo que querrá fastidiarme por haberlo heredado todo. Y me alegra saber que tú también estás al tanto de los detalles legales. Parece que todas las mujeres que me rodean están intentando vender un pedazo de mi paraíso privado. No se puede confiar en nadie –suspiró Naldo.

–Yo, desde luego, sé que no puedo confiar en ti –replicó Anna–. No te detendrías ante nada para conseguir lo que quieres.

–Ya que hablamos del tema, ¿qué tal tres millones y medio por las joyas y la casa?

Anna abrió la boca, atónita. ¿De verdad le estaba ofreciendo esa cantidad?

–Puedo darte el dinero hoy mismo. Un cheque, una transferencia, lo que prefieras. Supongo que los dos queremos resolver esto lo antes posible.

–Sí –murmuró ella, sin voz.

Tres millones y medio de dólares. Era más que suficiente para… para todo. Para ser independiente, para tener su propia empresa, una casa donde más le gustase... Podría irse de allí y no volver a mirar atrás.

–¿Me darías ese dinero de verdad?

–Por supuesto.

Naldo quería cortar sus raíces. Dejarla sola en el mundo, sin nada a lo que agarrarse, sin conexión alguna con el pasado, con su madre, que era su único pasado…

–Cuatro millones –dijo él entonces–. Es mi oferta final.

Anna luchaba por encontrar las palabras, pero los latidos de su corazón eran tan fuertes que casi no podía pensar. Movía los labios, esperando que saliera algún sonido… pero fue imposible.

Naldo miró su boca entonces con ojos ardientes. Sus párpados empezaron a cerrarse… y entonces la besó. Con un beso largo, penetrante, que la hizo estremecer.

Anna enredó los dedos en su pelo mientras él la devoraba, con el rostro apretado contra el de ella, piel con piel, su rico aroma mezclándose con el de los naranjos.

Sin dejar de besarlo, Anna tiró de su camisa para sacarla del pantalón y acariciar su piel desnuda.

Enseguida sintió algo duro rozando su muslo. Naldo dejó escapar un gemido y la apretó fuertemente contra él. Era tan grande, tan poderoso. Y, a la vez, tan tierno. Naldo León la dejaba sin aliento.

Sin saber lo que hacía, empezó a desabrocharle la camisa, arañándolo al hacerlo. Naldo desabrochó su vestido con un movimiento rápido y, entre los dos, le quitaron las braguitas, con el deseo creciendo bajo aquel aire perfumado de azahar.

Anna intentó bajarle la cremallera del pantalón y él la ayudó, dejándolo caer al suelo antes de abrazarla de nuevo. Un fiero y salvaje escalofrío la recorrió entera, como la brisa que movía las ramas de los árboles.

Él la dejó sobre el suelo alfombrado de hojas de naranjo y se tumbó a su lado, los ojos oscuros estaban llenos de deseo mientras acariciaba sus muslos…

–No llevo preservativo.

–Yo tomo la píldora –murmuró Anna–. No te pares.

Naldo metió un dedo entre sus muslos, buscando su húmeda cavidad. Ella dejó escapar un gemido, levantando las caderas para recibir la caricia. Deseaba estar debajo de Naldo León, sentir el cuerpo desnudo del hombre sobre el suyo…

El cuerpo de Naldo León.

¿Qué estaba haciendo?

Le había ofrecido cuatro millones de dólares y, en lugar de aceptar el dinero y salir corriendo como haría cualquier persona sensata, saltaba sobre él y le arrancaba la ropa.

El roce de su dedo fue como una descarga eléctrica. Anna se apretó contra su mano y dejó escapar un grito de placer. Naldo la silenció con un beso, moviéndose sobre ella…

Anna levantó las caderas para hacer más fácil la penetración, sintiendo el roce de la tierra en su espalda. Era todo tan primitivo, tan salvaje. Naldo sujetaba su cabeza con una mano, besándola profundamente mientras la embestía una y otra vez, llevándola a un paraíso de sensaciones.

Se retorcía, gemía y murmuraba su nombre mientras experimentaba la emoción más intensa de su vida.

*«Amo a este hombre».*

De nuevo, ese pensamiento apareció de repente y, aquella vez, Anna no quiso apartarlo de su cabeza.

Poderoso, apasionado, leal y orgulloso de su familia y de sus posesiones, Naldo era un hombre como ningún otro.

Él la penetró por última vez con una embestida casi violenta, llevándola al orgasmo. Como si cayera desde un precipicio, Anna sintió que iba hacia abajo, hacia abajo… hacia un abismo de placer.

Naldo la sujetó con fuerza, sus propios gritos resonando en sus oídos mientras volvían a la tierra.

Pasó algún tiempo, no sabía cuánto, antes de que abriera los ojos. Al hacerlo, se encontró con la mirada oscura de Naldo.

*«Te quiero».*

Pero no iba a decirlo en voz alta. No tenía sentido y no quería hacer el ridículo. Al menos, no más de lo que ya lo había hecho.

¿Qué acababa de pasar?

–Ejerces un extraño efecto en mí –dijo Naldo.

–Sí. Ya me he dado cuenta.

–Y, aparentemente, es mutuo.

–No sé yo –Anna se puso seria, pero Naldo empezó a hacerle cosquillas–. ¿He gritado? –preguntó entonces, tapándose la boca con la mano al pensar en los trabajadores que debían de andar por

allí cerca.

–Sí. Desde luego que sí.

–¿Y si alguien nos ha oído?

–Los árboles no dejan atravesar el sonido. ¿Ves a alguien corriendo para ayudarnos?

–No.

–Pues ya ves, te tengo a mi merced –sonrió Naldo.

–Aunque pudieran oírnos… son tus empleados, así que se pondrían a silbar y fingirían que no pasaba nada.

–Está bien eso de ser el jefe. Pero tú lo sabes tan bien como yo.

Anna tragó saliva. Naldo seguía sin saber que no tenía un céntimo.

–Aunque no sé cómo llevas un negocio si no te gusta el dinero.

–Me gusta el dinero como a todo el mundo.

–¿Ah, sí? Pues quién lo diría –siguió sonriendo Naldo–. Yo no hago más que intentar darte dinero y tú no lo aceptas. Supongo que ya tienes más que suficiente.

*«Ojalá».*

–No es que no quiera el dinero…

–¿Eres demasiado orgullosa para aceptarlo?

Anna vaciló. ¿Era por orgullo? Quizá un poco.

Pero también algo más. Sentía algo por aquel sitio al que una vez había llamado su hogar.

Un lujo que no se podía permitir.

–Sólo tengo que estar segura de que la compensación es adecuada –Anna dijo lo que le pareció más conveniente–. Soy una mujer de negocios.

–Si llevas tu negocio como… –Naldo la miró con sus penetrantes ojos oscuros– juegas al tenis, estoy en una posición muy peligrosa.

–Sólo quiero lo que es justo.

–Sí, bueno, supongo que también está el asunto del libro de recetas –dijo él entonces, mirando al suelo.

–¿Es el libro con pastas de cuero rojo que he encontrado en la casa? –preguntó Anna.

–Sí, ése debe de ser. ¿Tiene ilustraciones?

–Sí, hechas con acuarela. No sabía que mi madre supiera dibujar.

–Los dibujos son de mi padre –murmuró él, mirando en la distancia–. Siempre le gustó mucho pintar.

De modo que el libro lo habían hecho entre los dos... La imagen de Robert y su madre trabajando juntos hizo que Anna se mordiera los labios.

–No me imagino a tu padre dibujando. Siempre le veía en acción, trabajando, yendo de un sitio a otro.

–Pero solía pintar por las mañanas, a primera hora. Le encantaba bajar aquí con un caballete y pintar los naranjos en flor.

–No hay un sitio más bonito en el mundo –murmuró Anna.

–Eso es verdad. Yo he viajado lo suficiente como para saberlo. Mi padre sabía que vivía en un paraíso y aprovechaba cada minuto.

Anna se mordió los labios. Una vez había querido escapar de allí, vivir una «vida de verdad».

Una vida que había resultado ser una decepción absoluta.

–¿Qué pasa? –preguntó Naldo, apartando un mechón de pelo de su cara.

–No sabía cuánto había echado de menos este sitio.

–Lo llevas en la sangre ¿verdad? A mí me pasa lo mismo. Supongo que es por eso por lo que mi familia ha vivido aquí tanto tiempo.

*«Y la razón por la que yo no quiero marcharme».*

Pero tenía que hacerlo. Tenía que irse de allí.

Ya no era su casa.

–Y supongo que es por eso por lo que no puedo soportar la idea de separarme de un solo acre –siguió Naldo, sin darse cuenta de que con esa frase había roto la conexión que empezaba a haber entre ellos.

Anna se sentó bruscamente y buscó su vestido.

–Sigo sin entender por qué se mencionaba el libro de recetas en el testamento. ¿Porque lo hicieron juntos?

–El libro no es lo importante, sino las recetas. Supongo que mi padre quería que todo el mundo supiera que las había creado tu madre. Son la base del negocio de venta de productos manufacturados.

Ella lo miró, incrédula.

–¿Las salsas y los zumos que vendéis ahora?

–Sí.

–¿Los productos que están dando millones de dólares a la empresa familiar?

–Así es. Tu madre inventó las recetas.

Lo había dicho en tono profesional. Frío, impersonal. Como si no tuviera importancia alguna.

–Ah, claro, ya lo entiendo. A mi madre se le ocurrió la idea con la que estáis ganando millones… mientras recibía el salario de una cocinera.

–Fue compensada de otras maneras –le recordó Naldo.

–Ah, las joyas, claro. Tu padre compró su silencio.

Él dejó escapar un suspiro exasperado.

–¿Qué te ha pasado, Anna? ¿Por qué eres tan desconfiada? Mi padre amaba a tu madre. Eran un equipo y lo hacían casi todo juntos. Le legó un acre de terreno en una finca que jamás se ha dividido… ¿no te parece algo extraordinario?

–Ah, claro, la finca. Eso es lo único importante, ¿no? Conservar la finca tal y como la crearon tus antepasados. La idea de que ese simple acre no te pertenezca es algo que no puedes soportar. ¿Ricky te ha contado que no he querido que cortase el césped?

Naldo levantó una ceja.

–Sí, me lo ha contado. ¿Por qué no querías que lo cortase? ¿Piensas plantar avena o algo así? ¿O es sólo para molestarme?

–¡Es posible!

Anna Marcus era una mujer apasionada. Y muy cabezota.

–Sólo quería que supieras que es mi casa. Y, por cierto, creo que debería llevarme las joyas. Al fin y al cabo, son mías.

–¿Necesitas ayuda con la cremallera? –preguntó Naldo, al ver que no podía abrocharse el vestido.

–No, gracias.

–No necesitas a nadie, ¿verdad? Ahora entiendo que tu matrimonio no funcionase.

Eso la dejó inmóvil.

–¿Y tú qué sabes de mi matrimonio?

–Nada. ¿Debería saber algo?

Aunque sentía curiosidad. No debería, pero le gustaría saber algo sobre aquel tipo.

–Me dejó él. Y sí, supongo que tienes razón. Me dejó por una mujer completamente diferente a mí. Dijo que necesitaba a una mujer más dulce, más maternal. Más sumisa.

–Oye, no dejes que esa mala experiencia te amargue la vida. Sólo necesitas a alguien que te entienda y sepa apreciarte.

–No creo que haya nadie tan tonto –murmuró Anna, intentando parecer irónica. Pero eso no lo engañó.

–Tú eres una mujer entre un millón.

–¿Ah, sí? ¿Es por eso por lo que estás dispuesto a pagar cuatro millones para librarte de mí?

Naldo soltó una carcajada. Le estaba ofreciendo más dinero del que valían las joyas, la casa y el libro de recetas. ¿Qué más quería?

¿Y por qué había hecho el amor con ella? ¿Por qué no parecía capaz de contenerse? Desde luego, Anna Marcus ejercía un extraño efecto en él.

Al principio había pensado dejarla marchar sin contarle nada sobre el libro de recetas, pero después de volver a verla… después de acostarse con ella estaba dispuesto a defender sus intereses incluso a expensas de la finca familiar.

Y lo peor era cuánto disfrutaba estando con ella. Anna encendía un infierno dentro de él como no le había pasado con ninguna otra mujer. Le encantaba que lo retase, que no le siguiera la corriente o lo adulase como hacían otras que lo veían como un trofeo y no como un hombre.

Anna lo veía como un hombre, desde luego.

Y, a pesar de sus obligaciones familiares, él no podía dejar de verla como una mujer. Una mujer de negocios que se negaba a dejarse engañar, una mujer leal y cariñosa que quería honrar la memoria de su madre.

–Enviaré a Tom con las joyas esta tarde. Y luego la pelota estará en tu tejado –dijo por fin.

–Muy bien.

Mientras Anna se alejaba entre los árboles, Naldo dejó escapar un suspiro. Él sólo quería mantener la finca como había estado siempre, con los secretos familiares enterrados donde debían estar.

¿Por qué tenía que ser tan difícil?

Si no se libraba pronto de Anna empezarían a correr rumores y, una vez que empezasen, sería como intentar devolver el genio a la lámpara. Debería estar haciendo todo lo que pudiera para que se fuese de allí… de inmediato.

Pero lo único que deseaba era hacerle el amor una y otra vez. Naldo se pasó una mano por la cara, sin darse cuenta de que estaba manchándose de arena. Estaba desnudo, en medio de la plantación, cubierto de arena de la cabeza a los pies.

¿Qué le estaba pasando?

*«Relájate. Es una oferta justa. Más que justa. Anna entrará en razón y la aceptará».*

Esa idea, sin embargo, lo hizo sentir más inquieto que nunca.

# *Capítulo Ocho*

El sonido de pasos en la escalera despertó bruscamente a Anna, que se sentó en la cama con el corazón latiendo a toda velocidad.

–¿Quién está ahí?

La puerta del dormitorio se abrió de golpe.

¿Quién si no?

Naldo, que la miraba con una expresión absolutamente enfurecida.

–¡Fuera de aquí! –gritó Anna, tapándose primorosamente con la sábana.

–No pienso ir a ningún sitio hasta que me expliques este artículo –replicó él.

–No sé de qué estás hablando…

Naldo tiró un periódico sobre la cama.

–Sabes muy bien de qué estoy hablando.

Atónita, Anna tomó el periódico y empezó a leer…

*El heredero de Robert León tiene problemas legales*.

Ése era el titular.

*Una mancha ha aparecido en la larga e ilustre historia de la familia León cuando el difunto Robert León legó un pequeño terreno a una de sus empleadas. Ya que los León se han agarrado con uñas y dientes a sus tierras casi desde el año 1500, esto ha sorprendido a todo el estado. Una fuente confidencial ha confirmado a este periódico que Robert León mantenía una aventura con dicha empleada, Leticia Marcus, que trabajó como cocinera en la finca durante quince años antes de su reciente fallecimiento en un accidente de tráfico.*

Anna se mordió los labios, atónita. Pero siguió leyendo:

*La situación puede haberse complicado por la reciente incursión de la familia León en la venta de productos alimenticios manufacturados. Algunos dicen que la difunta señora Marcus fue la creadora de esos productos que tan buenos resultados de ventas están dando por todo el país. La hija de la señora Marcus lleva varios días en la ciudad y no parece tener planes de rechazar la herencia de su madre. ¿Está el gran imperio de los León en peligro?*

–¿Por qué me has hecho eso? –exclamó Naldo.

–¿Yo? Yo no tengo nada que ver con esto…

–¿Cómo que no? Tienes que haber sido tú –la interrumpió él–. ¿Quién más iría al periódico para contar esta historia? Nadie más que tú tiene algo que ganar… Además, me amenazaste con hacerlo.

Anna, furiosa, le tiró el periódico a la cara.

–¿Y qué si lo he hecho? –le espetó.

–¿Tienes idea de lo que esto significa?

–Sí, claro, que la gente sabrá la verdad. Porque es la verdad, ¿no?

–Es una información privada, algo sobre la vida personal de mi padre que él nunca quiso hacer público. El apellido León aparece en los periódicos sólo para anunciar bodas y bautizos, no en las páginas de cotilleo. ¿Por qué lo has hecho, Anna?

–¿Y por qué no?

–Entonces, ¿admites que has sido tú?

–Yo no admito nada.

Naldo se pasó una mano por el pelo.

–Eres imposible.

–¿Yo? Eres tú quien aparece en mi casa y entra en mi habitación sin pedir permiso –le recordó Anna.

–Tienes razón, debería haber llamado. Pero me debes una explicación. La familia León no acepta un escándalo así como así, puedes estar segura.

Después de decir eso, Naldo salió de la habitación y, unos segundos después, lo oyó cerrar de un portazo.

Anna se dejó caer sobre la almohada. ¿Quería una explicación? Pues muy bien. Ella no sabía quién lo había hecho, pero lo averiguaría. Naldo había dejado el periódico sobre la cama… *The Sunshine Post*, el periódico local en el que su madre solía buscar anuncios de cosas de segunda mano. No era el *National Enquirer*, pero estaba segura de que los rumores empezarían a correr como la pólvora.

Y no pensaba dejar que Naldo creyese que había sido ella. Averiguaría quién lo había hecho y la mejor manera de empezar era preguntando.

–Mis fuentes son confidenciales, lo siento –le contestó Thomas Craig, un joven periodista que, en lugar del esperado traje de chaqueta, iba vestido como un surfista.

–¿Y cómo sabes que la información es cierta?

–Porque la he comprobado. Tú eres la hija de Leticia Marcus, ¿verdad?

–Sí –contestó Anna.

–¿Cuánto tiempo duró su aventura con Robert León?

–Yo no sé si tenían o no una aventura –respondió ella.

–Venga ya –sonrió Craig–. Todo el mundo sabía que estaban juntos.

–Eran dos personas muy reservadas. No creo que le contasen sus cosas a todo el mundo.

–Entonces, admites que tenían «sus cosas».

–Yo no admito nada en absoluto.

–Venga, que somos adultos –se rió el periodista–. Y ahora tú tienes algo con Naldo.

–¿Cómo dices? –exclamó ella, incrédula. Pero no pudo evitar ponerse colorada.

–Él quiere que le vendas el terreno que su padre legó a tu madre, pero tú no quieres hacerlo.

–Claro que voy a vender. A mí no me interesa ese terreno.

–¿Y por qué no te has ido ya? –preguntó el des-carado periodista.

–Porque aún tengo que guardar las cosas de mi madre.

–Y quizá volver a encender una antigua llama…

–No hay nada entre Naldo y yo –lo interrumpió ella.

–¿Por qué no te creo?

–Mira, yo crecí en esa finca –dijo Anna, después de respirar profundamente–. Naldo estaba en un internado y luego se marchó a la universidad, de modo que sólo lo veía durante las vacaciones. Siempre estábamos jugando. A los dos nos gustaban los deportes, así que jugábamos al tenis o al baloncesto… pero nada más. No éramos amigos entonces y no lo somos ahora. Ni siquiera me reconoció cuando vine tras la muerte de mi madre.

–Pero ahora los dos sois adultos, solteros…

–No soy soltera, estoy divorciada.

Craig sonrió, mostrando unos dientes perfectos.

–Que yo sepa, ser divorciado significa estar libre.

–Como tú has observado astutamente, Naldo y yo somos adultos y lo que hagamos es cosa nuestra –replicó Anna, molesta–. Y resulta que estamos negociando el precio de la propiedad que Robert León le dejó a mi madre. Cuando hayamos llegado a un acuerdo, me marcharé. Es tan sencillo como eso.

–¿Tu madre creó las recetas que están haciendo ganar millones a Naldo León?

–Creo que sí.

–Entonces, supongo que querrás tu parte del pastel –dijo el periodista.

–No quiero nada de eso. Mi madre creó esas recetas como empleada de la casa.

–Pues debía de ser una empleada muy devota. Claro que los León son famosos por tener empleados de por vida. Son como de la

familia, ¿no?

–Desde luego.

–Y supongo que Robert León mantuvo su aventura con tu madre en secreto durante muchos años. Nadie quería arriesgar la paga destapando la verdad.

–Por favor… hablas como si fuera algo importante. ¿A quién le importa lo que hiciesen Robert León y mi madre? Ya eran mayorcitos. Eso era sólo asunto suyo.

*«¿Por qué estás defendiendo a Robert León? Trató a tu madre como a una simple querida. Podría haberse casado con ella, pero no lo hizo».*

–Venga, los dos sabemos que tenían una aventura.

–Mi madre me lo habría contado y jamás me dijo una palabra.

–Ya, claro, la famosa discreción. Pero Naldo y tú ahora estáis siguiendo sus pasos. Un legado de pasión.

–Naldo y yo estamos intentando llegar a un acuerdo económico, nada más. Isabela León fue quien te contó esa absurda historia, ¿verdad?

–No puedo ni confirmar ni negar nada… –Craig le guiñó un ojo.

–Ya me lo imaginaba. Gracias por recibirme –suspiró Anna.

Después, salió del periódico, furiosa con Naldo, con Isabela, con Craig y con cualquiera que quisiera complicarle la vida.

No sabía si Isabela le habría hecho creer que había algo entre Naldo y ella o si ella misma se lo habría dado a entender al ponerse colorada. Aquella reunión seguramente no había sido buena idea, pero al menos ahora sabía que Isabela era la fuente.

Pero… ¿por qué querría que todo aquello se convirtiera en un escándalo? ¿Quería hacerle daño a Naldo? ¿Sería parte de su plan para obligarlo a vender la finca?

Eso la enfurecía. Pero… ¿por qué? Naldo no le importaba en absoluto.

Al revés, se lo merecía.

***

Naldo no volvió para que Anna pudiera revelarle la fuente del artículo. Cuando pasó por la casa para contárselo, Pilar le dijo que estaba en un partido de polo en Ocala. Un partido de polo… de modo que ahora seguramente estaría de fiesta con alguna heredera.

Tom le había llevado las joyas el día anterior y Anna las había escondido en el altillo. Pero aquella mañana se mostraba frío con ella. Incluso Pilar parecía un poco rara.

Anna volvió a casa y siguió intentando guardar las cosas de su

madre en cajas. ¿Por qué no parecía capaz de tirar nada? Agotada, decidió dejarlo y dormir un rato la siesta. La despertó el ruido de un motor. Genial. Al menos podría decirle a aquel arrogante que su hermana era la culpable de todo…

–¡Estoy aquí!

Anna se puso las sandalias y bajó al salón. Pero Naldo no estaba allí. ¿Se había quedado esperando en la puerta? Qué raro. Pero sí, allí estaba. Guapísimo con una camisa blanca y un pantalón caqui.

–¿A qué le debo este honor?

Naldo la miraba con una expresión tan rara que Anna estuvo a punto de tropezar.

Dolor. Eso era lo que veía en sus ojos.

Naldo alargó la mano para mostrarle un periódico.

–Ya me has enseñado el artículo.

–¿Éste también?

Anna tomó el periódico y leyó:

*Legado de pasión. La hija de la empleada con la que Robert León mantuvo una aventura sigue la tradición familiar… con su hijo.*

A Anna le dio un vuelco el corazón.

–Pero…

–Sigue leyendo.

*Una conversación con Anna Marcus, hija de Leticia Marcus, la empleada con la que Robert León mantuvo una aventura, nos ofrece noticias frescas sobre el problema legal con el que se enfrenta Naldo León. La señorita Marcus, guapa, rubia, veintiséis años, ha vuelto a la ciudad para encargarse de los asuntos privados de su madre… y, por lo visto, para retomar lo que Robert León y su madre dejaron a medias.*

–Esto es absurdo.

–¿Absurdo? ¿Niegas haber ido al periódico?

–No lo niego, pero sólo fui para averiguar quién les había dado la noticia. Todo esto se lo ha inventado. Es ridículo.

–¿Lo es?

–Pues claro que sí. Además, tú y yo no tenemos una aventura.

–¿Cómo lo llamarías tú, Anna? ¿Y cómo explicas las comillas?

–¿Qué comillas?

–Sigue leyendo.

*Naldo León y Anna Marcus tienen un pasado que recordar. «Sí, siempre estábamos jugando», admite la encantadora señorita Marcus. «Naldo y yo somos adultos ahora, lo que hagamos es asunto nuestro».*

–¡Pero ha sacado todo de contexto! –exclamó Anna.

–¿Admites que has hablado con ese periodista?

–Sí, pero sólo porque tenía que saber quién les había informado

sobre el asunto del terreno. Y, por cierto, ha sido tu hermana.

–¿Te lo confirmó el periodista?

–Bueno, no me lo dijo claramente… pero cuando mencioné el nombre de tu hermana me guiñó un ojo.

–¿Y por qué le dijiste que «siempre estábamos jugando»?

–Porque es verdad. Era lo único que hacíamos, jugar. Pero él hace que parezca…

–¿Algo sexual? Escucha, voy a seguir leyendo

–Naldo le quitó el periódico de las manos.

*La señorita Marcus tiene buenas razones para buscar un poco de ternura en los brazos de su antiguo amante. En el último año se ha divorciado de su marido y ha tenido que declararse en bancarrota.*

Anna se llevó una mano al corazón. De modo que Naldo ya lo sabía.

*La inmobiliaria que tenía con su marido, Barry Lennox, se hundió tras una serie de inversiones arriesgadas y el matrimonio Marcus-Lennox se hundió con ella.*

*Arruinada y recién divorciada de un hombre que ha vuelto a casarse, la señorita Marcus se encontró con el soltero más cotizado de Florida, el rey de los cítricos, Reynaldo León. Naldo y Anna no han perdido el tiempo siguiendo los pasos de sus padres, Robert León y Leticia Marcus. Y, por cierto, corren rumores de que la muerte de la señora León no fue un accidente como nos habían hecho creer. Hace tiempo se rumoreaba que la aventura de Robert León con su cocinera había provocado que la señora León se quitase la vida…*

–Dios mío –murmuró Anna–. ¿Es eso cierto?

–Sí –contestó Naldo–. Es cierto. Se tomó una caja de pastillas. La encontré yo, en su dormitorio. Intenté reanimarla, pero no pude hacer nada.

–Oh, no, no, no... ¿La aventura con mi madre empezó cuando la tuya aún vivía?

–Sí y mi madre lo sabía. Y no pudo vivir con esa vergüenza.

Anna, temblando, entró en la casa y se dejó caer en el sofá. Le faltaban las fuerzas. Su propio padre había sido un hombre casado, pero su madre le había jurado que ella no lo sabía.

Pero con Robert León, aparentemente sí lo sabía.

Y eso había matado a su mujer.

–Lo siento muchísimo.

–¿Por qué? Tú no tuviste nada que ver. Pero sé que mi madre habría hecho lo que fuera para evitar que esto se hiciera público. Mi padre sobornó a toda la ciudad durante años para que guardasen silencio.

–Dios mío, qué horror.

–No me habías dicho que estabas en la ruina –dijo Naldo entonces.

–Sí, bueno…

–Pensé que estabas jugando conmigo porque no necesitabas el dinero, que era un juego para ti. Ahora que sé que no tienes un céntimo no entiendo por qué no has aceptado cuatro millones de dólares…

–No quería que te enterases.

–¿Por qué?

–¿Por qué? ¿Crees que quiero tu compasión? ¿Crees que me apetecía volver aquí después de tantos años para contarte que no tengo donde caerme muerta?

Naldo asintió con la cabeza.

–Te entiendo.

–Pero yo no le dije nada de eso al periodista. Puedes creerme.

–Él dice que sólo repite tus palabras.

–¡Las ha sacado de contexto! Le dije que jugábamos de niños… todo lo demás son especulaciones. Siento mucho haber dejado que ese imbécil de periodista me manipulase… y siento mucho que todo esto te haya afectado a ti. Caí en su trampa como una tonta.

Naldo volvió a mirar el periódico.

–¿Tu marido ha vuelto a casarse?

–Sí, pero ya se veía con ella mientras estábamos juntos… mientras yo estaba trabajando, claro. Lo que no sabía era que falsificaba mi firma para hacer negocios absurdos que nos llevaron a la ruina.

–Lo siento.

–No tienes por qué sentirlo. Y no quiero tu compasión.

–Y tampoco quieres mi dinero, ¿no?

–No, no lo quiero –contestó Anna–. Ojalá no lo necesitara.

–No es ningún desdoro aceptar lo que es de uno.

–Ya, pero yo no creo en el éxito gracias a una herencia que uno no se merece –suspiró ella–. Prefiero ganármelo con mi propio esfuerzo.

–¿Quieres decir que yo no merezco lo que tengo?

–Tú lo has dicho, no yo.

Su expresión, como si de verdad estuviera preguntándose si tenía razón, la conmovió.

–No, no quería decir eso –suspiró Anna–. Te he visto en la plantación, he visto cómo cuidas esos árboles, cuánto te importa esta finca. No, lo que tienes te lo mereces.

–Ya, bueno –murmuró Naldo–. En cualquier caso, ahora somos prácticamente socios.

–Sí, algo así. Además, esta tontería del periódico se olvidará pronto. Y seguro que estás deseando librarte de mí.

–Te equivocas –dijo Naldo entonces–. Quiero que te quedes.

# *Capítulo Nueve*

–¿Por qué quieres que me quede? –preguntó Anna, parpadeando rápidamente.

–No quiero que nuestra aventura termine –contestó él.

–¿La aventura que está causando un escándalo?

–Exactamente –respondió Naldo, con un brillo de humor en los ojos.

–Pero no entiendo… pensé que odiabas los cotilleos.

–Y así es. Pero hay cosas que odio más, como por ejemplo, no poder retarte a un buen partido de tenis. O no volver a besarte.

–Pero… ¿no somos un recordatorio continuo de que tu padre y mi madre tuvieron una aventura?

–Sí, supongo que sí.

Anna lo miró, sin saber qué decir. ¿Se habría enamorado de ella? No, no podía pensar como cuando era una adolescente. Eso sólo eran tonterías.

–No te entiendo. ¿Crees que debería quedarme a vivir aquí?

–No, seguro que encontrarías una casa más cómoda en la ciudad. Una casa con piscina, por ejemplo. Esta casa es vieja y está hecha polvo.

¿Qué era aquello, un truco para convencerla de que vendiera?

–A mi madre le encantaba.

–Lo sé. Mi padre intentó convencerla para que se fuera a una más grande, pero Letty siempre se negó. Algunas personas son muy testarudas, supongo.

¿Testarudas? ¿Qué tal confusas, asustadas?

–La verdad es que me gusta tenerte aquí –dijo Naldo por fin.

¿Cuántas veces había soñado con que Naldo dijera precisamente eso?

–¿Y te da igual lo que diga la gente?

–Me da igual –contestó él, mirándola a los ojos–. Tengo cosas más importantes de las que preocuparme.

Anna lo miró, suspicaz.

–Quieres tener una aventura conmigo.

Era eso. Naldo jamás se casaría con ella. Ella no era una duquesa española. Era la hija ilegítima de una cocinera que se acostaba con su padre. Así era como la veía. Y nunca la vería de ninguna otra forma. Sí, la deseaba. Deseaba acostarse con ella.

*«Quiere utilizarte. Conseguirá lo que quiere y cuando se canse te dejará».*

–Lo siento, pero yo no quiero ser la amante de nadie.
–No serías la amante de nadie.
–¿Ah, no?
–No, serías la novia de alguien –dijo Naldo, tomando su cara entre las manos–. Y si aceptas mi oferta, serías la novia rica de alguien. Los cuatro millones de dólares son tuyos, Anna. Sólo tienes que decir que sí.
Ella tragó saliva. ¿Por qué? ¿Por qué quería que fuera su novia? Naldo no la amaba…
–Quiero hacerte el amor –dijo él entonces.
*«Y yo quiero amarte»,* pensó Anna.
–No, no, necesito tiempo para pensar. Todo esto es tan repentino… Hasta ayer querías librarte de mí y ahora… ¿quieres que me quede? Todo esto no tiene ningún sentido.
–Créeme, he hecho todo lo que he podido para olvidarme de ti. Me he dicho a mí mismo que lo mejor para la familia y para la finca era que te marchases. Como heredero de El Paraíso, debería casarme con una mujer adecuada. Pero yo no deseo eso, te deseo a ti.
La pasión que había en sus palabras despertó algo en ella. Pero, a la vez, le dolieron como una bofetada.
Tenía razón.
Naldo nunca se casaría con ella.
Jamás se le ocurriría pensar que la había ofendido diciéndolo. *«No deseo casarme, te deseo a ti».* Evidentemente, para él la idea era tan imposible que ni siquiera iba a considerarla.
Como había hecho su padre.
Lo que debía hacer era aceptar la oferta. Cuatro millones de dólares. Esa oferta podría expirar. Naldo podría encontrar la manera de no darle el dinero. Al fin y al cabo, era un hombre muy poderoso.
–Si quieres, podrías seguir viviendo en esta casa. Sé que significa mucho para ti.
Anna se mordió los labios. Hacerle esa oferta debía de ser un gran sacrificio para él. La gente no dejaría de hablar… *«El jefe visita la casa de la criada para seguir la tradición».* Pero la idea de seguir viviendo allí, en aquella casa que tanto le gustaba, entre los naranjos, le aceleró el pulso.
Y si Naldo aceptaba que su deseo por ella era tan fuerte como para dejarse llevar, quizá algún día…
¿Pero y si no era así?
¿Y si la utilizaba como los hombres habían utilizado a su madre?

Sin prometer matrimonio, sin ofrecer un futuro.

Eso le rompería el corazón.

–Creo que deberías marcharte –dijo en voz baja.

Naldo sacó algo del bolsillo.

–Mira, éste es el contrato revisado. Para que sepas que hablo en serio.

Después de eso, salió de la casa sin decir nada más.

Podía tenerlo todo, pensó Anna. Más dinero del que nunca hubiera podido imaginar, a Naldo y días maravillosos viviendo en aquel sitio.

Pero… ¿durante cuánto tiempo?

La casa y el terreno podrían ser su hogar. ¿Debería aceptar el dinero a cambio de una herencia que su madre podría haber querido que quisiera y protegiera toda la vida?

¿Y las recetas? Quizá debería investigar sus derechos legales sobre los beneficios de la empresa.

No, su madre había creado esas recetas por y para Robert. Debía de estar contenta de contribuir a la prosperidad de El Paraíso.

Pero ella quería un matrimonio, una vida de amor, una familia de verdad, hijos que tuvieran un padre y una madre.

Su madre seguramente había hecho bien no contándole nada sobre su aventura con Robert León.

Ella no lo habría entendido entonces. Le habría preguntado por qué no se casaba con ella…

Pero podía entenderlo ahora, después del fracaso de su propio matrimonio.

El verdadero amor era muy difícil de encontrar.

Su madre debía de haber aceptado que Robert León nunca se casaría con ella. Debía de haber tejido esa aceptación en la tela de su vida con la discreta fuerza que usaba para soportar la adversidad.

¿Podría ella hacer lo mismo con Naldo? ¿Podría aceptar que no todo en la vida era blanco o negro, todo o nada? ¿Podía amar a aquel hombre orgulloso aunque nunca quisiera casarse con ella?

Anna se mordió los labios. Probablemente no.

***

Anna estaba a punto de cenar cuando oyó que un coche se detenía en la puerta. Y cuando miró por la ventana perdió el apetito.

Isabela.

Llegó al porche antes de que la hermana de Naldo tuviese tiempo de llamar.

–Estaba a punto de cenar. ¿Qué querías?

–Naldo me ha dicho que aún no le has vendido la casa –contestó Isabela, sin quitarse las gafas de sol, aunque estaba oscureciendo.

–Así es.

–¿Qué piensas hacer? ¿Es que no sabes que hasta que no te vayas seguirá habiendo rumores?

–¿Te refieres a los rumores que tú misma has propagado hablando con ese periodista?

–Pensé que podría convencer a Naldo para que vendiera la finca. Que los rumores y el escándalo harían que quisiera marcharse de aquí. No quería que todo el mundo supiera que mi hermano está tonteando con la hija de la cocinera. Evidentemente, ni él ni tú tenéis vergüenza alguna. ¿Y si los paparazzi europeos se enterasen de esto?

–Lo dirás en broma. ¿Por qué iba a importarles a los paparazzi europeos lo que ocurra en una plantación norteamericana?

–No espero que alguien como tú lo entiendas –contestó Isabela, con gesto de desdén–. Los León son una de las familias más antiguas de Europa y todo lo que hacemos es de gran interés.

*«En tus sueños».* Anna se cruzó de brazos y se felicitó a sí misma por controlar su lengua.

–Yo tengo un nombre en el mundo del arte. Quedaría en ridículo si esto se supiera.

–Pues entonces quizá deberías volver a París inmediatamente para salvar tu reputación. Y ahora, si no te importa, voy a cenar.

–Escúchame –dijo Isabela entonces, quitándose las gafas de sol–. Si no te vas ahora mismo, destrozarás la reputación de Naldo como tu madre destrozó a mi familia. Lo has embrujado, como tu madre embrujó a mi padre. ¡Mi padre perdió la cabeza por completo! Tú y tu madre no habéis traído más que desgracias a esta familia. Toma el dinero y márchate, pero márchate antes de hacernos más daño.

Luego se dio la vuelta sobre los tacones y entró en el Mercedes, digna como una reina.

Anna se apoyó en el quicio de la puerta, con el corazón acelerado. Durante unos segundos, las palabras de Isabela se repitieron en su cabeza con cierta convicción. Pero no, era absurdo. Que Naldo hubiese perdido la cabeza por ella era imposible. Seguramente, habría defendido su presencia en la finca, le habría dicho que la hija de la cocinera iba a quedarse allí…

Quizá las cosas podrían salir bien después de todo. Desde luego,

ella no sabía predecir el futuro, pero de una manera o de otra, ahora estaba en su casa. Con ese tranquilizador pensamiento, Anna se sentó a cenar y luego se fue a la cama.

El reloj digital marcaba la 1:23 cuando se despertó, sobresaltada. Una extraña picazón en la garganta la alertó de la presencia de humo.

¿Humo? Pero si en la casa ni siquiera había chimenea.

Anna encendió la luz. Todo parecía normal. El sonido del aire acondicionado ahogaba cualquier otro ruido, pero intuyó que pasaba algo.

Asustada, saltó de la cama y salió al pasillo. Seguía oliendo a humo, pero el olor no era más fuerte allí que en su dormitorio. Bajó a la cocina y, de repente, al mirar por la ventana, vio una bola de fuego.

Era su furgoneta, totalmente envuelta en llamas.

Anna tomó el teléfono y llamó a los bomberos, con el corazón en la garganta. Intentó mantener la calma mientras describía la emergencia, pero después, cuando salió a la puerta para buscar la manguera, perdió los nervios.

¿Dónde estaba? Ni siquiera recordaba dónde estaba la manguera del jardín. El estruendo del fuego era ensordecedor y se le encogió el corazón al pensar que si la furgoneta explotaba incendiaría la casa…

Afortunadamente, no había llenado el depósito, pensó, cuando al fin localizó la vieja manguera. Pero era tan vieja y tenía tantos agujeros que sólo consiguió un patético chorrito de agua. Eso no serviría de nada.

Anna lanzó un grito al ver que las chispas que saltaban por el aire empezaban a quemar la hierba seca del suelo. No paraban de saltar. Y todas en dirección a la casa.

Anna giró la manguera hacia el suelo para extinguirlas, pero en cuanto extinguía una aparecía otra, cada vez más cerca del porche.

–¡Anna! –Naldo acababa de bajar del coche y corría hacia ella con expresión preocupada–. ¿Estás bien?

–Sí, sí, yo estoy bien. Pero…

–Dame la manguera.

En ese momento explotó el parabrisas de la furgoneta. Naldo se lanzó sobre ella para protegerla con su cuerpo, tirándola al suelo y dejándola por un momento sin aire.

–No te muevas. El tanque de gasolina podría explotar.

–Está casi vacío. Pero hay cosas de mi madre ahí dentro…

–He llamado a los bomberos, pero tardarán quince minutos en llegar –la interrumpió Naldo, tirando de su mano–. Ricky va a venir con un camión de irrigación para ver si podemos hacer algo. ¿Qué ha pasado?

–No lo sé. Me despertó el olor a humo y cuando bajé a la cocina vi la furgoneta en llamas –contestó Anna, pisoteando las chispas que caían al suelo. Justo entonces se dio cuenta de que varias de ellas habían caído en la escalera del porche–. ¡Naldo, la casa!

Naldo corrió hacia allí con la manguera, pero el chorrito no era suficiente porque una de las chispas había caído sobre varios periódicos viejos y el fuego llegaba casi hasta la puerta.

–Esto no vale de nada…

Siguieron intentándolo, pero unos minutos después la ventana de la cocina explotó, lanzando cristales por todas partes. Anna gritó mientras se tapaba la cara con las manos.

–¿Estás bien? ¿Te has cortado?

–Dios mío, hay llamas dentro de la casa… ¡La cortina, Naldo!

–¡Ricky! –gritó él entonces al ver el camión de irrigación–. Date prisa, corre.

–¡El incendio se ha extendido por la plantación!

–Haz un cortafuegos. No dejes que llegue a los árboles. Anna, seguramente es demasiado tarde para la casa, pero no puedo dejar que se incendie la plantación. Tenemos que protegerla.

–Dios mío, Dios mío…

Del aparato de aire acondicionado que había en la ventana empezaron a salir llamas y Naldo tiró de ella para apartarla de la casa.

–¡El libro de recetas! Está arriba, en mi habitación. Y las joyas están en el altillo.



–¡No podemos hacer nada!

–Pero tengo que salvarlas. Puedo ir por la puerta de atrás...

–No hay tiempo –insistió Naldo, que había tomado una pala del camión y estaba haciendo un cortafuegos alrededor de la furgoneta.

Unos segundos después oyeron las sirenas de los bomberos.

–¡Por fin!

Pero ya había fuego en el piso de arriba. Una ventana explotó y las llamas empezaron a lamer el tejado.

Anna, que había estado conteniendo las lágrimas, tuvo que llevarse una mano a la garganta. Su casa. Todo iba a desaparecer.

La casa, las joyas, el libro de recetas… todo lo que la unía al mundo de Naldo León.

# *Capítulo Diez*

Un bombero se quitó la mascarilla de oxígeno y gritó:

–¡Tienen que irse de aquí! Esta casa es muy vieja y está a punto de caerse a pedazos.

Anna aún no podía creer lo que había pasado.

Las llamas llegaban entonces hasta el tejado...

–Vamos –dijo Naldo, tirando de su brazo–. Las paredes están forradas de papel pintado… no podemos hacer nada.

–¡No puedo irme de aquí! ¡Todas las cosas de mi madre…!

–Hemos hecho todo lo que hemos podido, pero no podemos hacer nada más. Vamos antes de que se nos caiga encima.

–¡Naldo! –un hombre cubierto de ceniza llegó corriendo hacia ellos–. El fuego ha llegado a los árboles más cercanos. Las ramas estaban secas y el incendio se extiende a toda velocidad.

Naldo soltó una palabrota y tiró de Anna hacia la carretera.

–Tienes que irte a casa. Llévate mi coche, las llaves están puestas.

–No puedo. Tengo que ayudar…

–¡No!

–¡Por favor!

¿Cómo iba a irse a casa tranquilamente cuando él y la finca estaban en peligro?

Naldo puso las manos sobre sus hombros.

–Anna, todo saldrá bien, no te preocupes. Entre los bomberos y los hombres de la finca controlaremos el fuego. Pero ahora mismo tienes que irte. No quiero tener que preocuparme por ti. Vete a casa y dile a Pilar que te prepare una habitación.

Ella vaciló, mirando por encima de su hombro.

Al ver llamas en las ramas de un naranjo se le encogió el corazón.

–Vete, por favor.

–Muy bien. Ten cuidado, Naldo.

Él la miró a los ojos un momento y luego la besó en los labios antes de correr hacia los árboles.

Anna subió al Alfa Romeo y arrancó con dedos temblorosos. Cuando llegó a la casa, Pilar la recibió con cara de pánico.

–¿Estás herida?

–No, no… es sólo el humo. ¿Han llegado más bomberos? El fuego se ha extendido a la plantación.

–¡Ay, Dios mío! Están buscando camiones de irrigación por toda la ciudad. Este año ha sido tan seco… ¿Hay alguien herido?

–Nadie que yo sepa, pero con los bomberos llegó una ambulancia, por si acaso.

*«Por favor, que no le pase nada a Naldo».*

–¡Tú! –oyó un grito desde la puerta. Era Isabela–. ¡Todo es culpa tuya! Te lo advertí. Sabía que si te quedabas ocurriría un desastre –Isabela se tapó la cara con un pañuelo–. ¿Mi hermano está bien?

–Sí –contestó Anna–. Se ha quedado para intentar salvar los naranjos…

–¿El incendio ha llegado a la plantación?

Ella asintió con la cabeza.

–¡Te dije que te fueras! –gritó Isabela, antes de volver al interior de la casa.

–Es que está muy nerviosa. No le hagas caso –intentó disculparla Pilar.

Anna dejó escapar un suspiro. Quizá Isabela tenía razón, quizá todo aquello era culpa suya.

–¿Por qué no vas a darte una ducha? Yo te prepararé la habitación.

–Muy bien.

Como en un sueño, Anna subió al piso de arriba y entró en una habitación. Cuando salió de la ducha había un camisón sobre la cama. Seguramente de Pilar. Aún podía oler el humo y oía los gritos de los hombres en la distancia.

La realidad de la situación la dejó mareada. Todo había desaparecido. No sólo las cosas de su madre, sus tesoros sentimentales, el viejo reloj, las figuritas de porcelana, las caracolas… el libro de recetas, la casa.

Las joyas.

Los tesoros familiares de Naldo no serían más que ceniza para entonces. ¿Por qué había guardado todo eso en la casa cuando debería haber estado en lugar seguro?

Desde luego, le había demostrado algo a todo el mundo: la casa y las joyas eran suyas. Su propia pila de cenizas.

Y seguramente todo sin asegurar, según la tradición de los León.

Un golpecito en la puerta la sobresaltó.

–Entra.

Pero no era Pilar, sino un hombre vestido de uniforme.

–¿Señorita Marcus?

–Sí, soy yo.

–Soy el oficial Davis. Quiero preguntarle cómo empezó el

incendio.

–No lo sé. Me desperté y olía a humo…

–Tengo entendido que el señor León y usted tenían algún desacuerdo sobre la casa…

–No, en absoluto. Él quería comprarla y yo pensaba vendérsela.

–Pero no se la había vendido.

–No, aún no, pero… ¿es que sospecha de mí?

–Estamos investigando el incendio, señorita Marcus. Existe la posibilidad de que el fuego haya sido provocado. Se han encontrado rastros de gasolina en el suelo, cerca de la casa.

Isabela.

La hermana de Naldo la odiaba y quería librarse de ella. Fue Isabela quien habló con el periodista para crear problemas. Y podría estar tan loca como para provocar un incendio…

–Me parece que sé quién puede haberlo provocado.

Anna se quedó escuchando cerca de la puerta.

Como era de esperar, Isabela no se tomó nada bien que el oficial Davis la interrogase. Al final, lo insultó en francés y le dio una bofetada… de modo que se la llevaron a comisaría. Un nuevo escándalo para la familia León.

Y, por sus gritos mientras la metían en el coche patrulla, Anna empezó a pensar que no se había equivocado: Isabela era la culpable de todo.

Cuando desapareció, un doloroso silencio cayó sobre la casa. Anna salió del dormitorio para ver si podía averiguar cómo iba el incendio y encontró a Pilar llorando en la cocina mientras Tom intentaba consolarla.

–Pobre señorita Isabela. Naldo se llevará un disgusto cuando se entere. Primero el incendio y ahora esto… ¡La han detenido! Sé que tiene muy mal carácter y que es muy orgullosa, pero ella nunca haría algo así.

–¿Hay alguna noticia sobre el incendio?

–Sí, gracias a Dios lo han controlado. Naldo acaba de llamar… Siento mucho lo de tu casa.

–Sí, yo también.

–¡Naldo ha vuelto! –oyeron que gritaba alguien.

–¡Naldo!

Estaba cubierto de cenizas de la cabeza a los pies, pero vivo y a salvo.

–¿Por qué se han llevado a Isabela?

–Creen que puede haber tenido algo que ver con el incendio –contestó Pilar.

–Eso es ridículo –exclamó él–. Me voy a la comisaría ahora mismo.

–Pero Naldo, piénsalo… –intervino Anna–. Puede que haya provocado el incendio para librarse de mí. Anoche fue a mi casa a decirme que si me quedaba sólo traería el desastre a esta familia…

–¿Crees que mi propia hermana provocaría un incendio en la finca? Sé que es una mujer muy difícil, pero es de la familia y la conozco como a mí mismo. Ella nunca haría algo así.

–Si es inocente, no pasará nada. Por favor, no te vayas…

Pero Naldo salió de la cocina y Anna se quedó donde estaba, sin saber qué hacer.

Por supuesto que Isabela había provocado el incendio. Y, naturalmente, era difícil que Naldo lo creyera…

–¿Tú has acusado a la señorita Isabela? –le espetó Pilar.

–Ayer estuvo en mi casa y me amenazó.

El ama de llaves la miró, atónita. Una de las empleadas más respetadas de la casa, que había llegado desde España con la madre de Naldo cuarenta años antes… Sin duda, su lealtad a la familia evitaba que viese la realidad.

–¿Por qué no nos vamos a dormir? –intervino Tom.

Anna asintió, deseando apartarse de la mirada acusadora de Pilar. No podría dormir, pero al menos descansaría un rato hasta que volviese Naldo.

Cuando el sol le dio directamente en los ojos, Anna se incorporó de un salto. ¿Se había quedado dormida?

¿Cómo había podido dormir en medio de aquel drama? Cuando se acercó a la ventana, comprobó que el sol estaba alto. Debían de ser al menos las nueve.

Al volverse, vio su ropa lavada y planchada sobre el sillón. A su lado, un ejemplar del *Sunshine Post*.

*Incendio en la Finca de los León*, decía el titular.

*El fuego declarado anoche se llevó por delante la casa de uno de los empleados y se extendió, destrozando varios acres de naranjos. El departamento de bomberos de Round Lake respondió de inmediato, junto con camiones de irrigación de compañías privadas, y el incendio pudo controlarse a tiempo.*

*Conocida como El Paraíso, la finca de la familia León tiene más de cuatrocientos años de existencia, de modo que ésta no es la primera vez que tienen que luchar contra alguna catástrofe. Pero ¿será la última?*

*Los rumores sobre que el incendio podría ser una treta para cobrar el seguro pronto fueron descartados, ya que la familia León nunca ha asegurado sus posesiones. ¿Podrá la familia más antigua de Round Lake*

*sobrevivir a este último golpe tras la muerte del patriarca?*

*¿O los miembros más jóvenes, enfrentados por problemas de herencia y sin la experiencia de sus antepasados, decidirán vender la plantación? Hay muchas inmobiliarias a las que les gustaría hincar el diente en esa propiedad, una de las fincas privadas más grandes de todo el estado de Florida.*

Anna cerró los ojos y se apoyó en la pared. Naldo se subiría por las paredes cuando leyese aquello. Era un insulto personal hacia él y su capacidad para dirigir la finca familiar.

Su nombre no era mencionado, afortunadamente. Pero quizá porque aún no sabían que la casa que se había quemado era la suya. Cuando lo supieran…

Y ella ya no tenía casa. Ni joyas. Ni el libro de recetas. Nada.

Todo era demasiado horrible para ser real.

Anna abrió la puerta y asomó la cabeza en el pasillo al oír voces. En el vestíbulo de abajo, Naldo abrazaba a su hermana, que lloraba histéricamente.

–Por favor, que alguien traiga una tila. Esos imbéciles la han tenido despierta toda la noche.

De repente, Naldo levantó la mirada.

–¿Cómo has podido hacerme esto? –su voz hacía eco en el enorme vestíbulo–. ¿Cómo has podido acusar a mi hermana de algo tan horrible?

–Pero yo…

–Como sospechaba, fue tu furgoneta la causante de todo. La gasolina que había por el suelo era gasolina que escapaba del tanque de ese viejo cacharro…

Anna se mordió los labios.

–La casa… ¿ha podido salvarse algo?

–Nada –contestó él. Después, tomó a su hermana por la cintura y desapareció con ella en el salón.

Había cometido un gravísimo error. Anna volvió al dormitorio, sin saber qué hacer. La familia y la finca lo eran todo para Naldo. Y ella había hecho daño a ambas cosas.

En ese momento, supo que ya nada iba a salir bien. Y, al final, ella era quien más tenía que perder.

Naldo no subió después a su habitación, aunque ella lo esperó. Al final, Anna bajó al salón, con el corazón en la garganta. ¿Debería entrar para disculparse?

*«Siento mucho haber sido tan obstinada. Siento no haber aceptado los cuatro millones de dólares y haberme ido sin causar más molestias. Siento mucho que el tanque de la gasolina estuviera roto».*

*«Siento haberme enamorado de ti y no haberme marchado por eso».*

Era culpa suya. Y ahora todas sus fantasías no eran más que polvo.

Y, además, tenía que pedirle disculpas a Isabela.

Suspirando, Anna abrió la puerta. Isabela León seguía llorando mientras Pilar le cepillaba el pelo. Había un hombre mayor, al que Anna reconoció como uno de los abogados que habían leído el testamento. Pero Naldo no estaba.

–¿Qué haces aquí todavía? –le espetó Isabela–. ¡Vete de aquí, buscavidas!

–No soy una buscavidas. Nunca he querido nada que no fuera mío.

–Dennis, ¿cuánto has dicho que valía ese contrato?

–Cuatro millones de dólares –contestó el abogado.

–Cuatro millones de dólares –repitió Isabela–. Mi hermano te ofreció cuatro millones de dólares, pero eso no era suficiente para ti, ¿no?

–Pensaba aceptar el dinero.

–¿Ah, sí? Y mi pobre hermano creyendo que eras demasiado noble… Pero yo sabía que no era así. Dame el contrato, Dennis. Cuatro millones de dólares por unas joyas que ahora están destruidas. Unas joyas que eran de mi familia… por la casa, que ahora no es más que una ruina, por un libro de recetas que ahora no será más que polvo y por el terreno –Isabela se levantó, airada–. Ese terreno es de mi hermano y tú lo sabes. ¿Sigues queriendo extorsionarlo para sacarle dinero después de la destrucción que has causado? Cinco acres de naranjos quemados. ¿Sabes cómo le duele eso a mi hermano? Él ama esos árboles…

–Como si fueran su familia, ya lo sé –la interrumpió Anna–. ¿Me das el contrato, por favor?

–No puedes firmarlo. Ya no tienes nada.

–Estoy seguro de que el señor León querrá resolver el asunto del terreno… –empezó a decir el abogado.

–¿Me da un bolígrafo? –lo interrumpió Anna.

–Sí, claro, por supuesto.

Cuatro millones de dólares. 4.000.000. La cifra era completamente irreal. Aunque podría haber sido suya veinticuatro horas antes. Anna la tachó y escribió a cambio: Un dólar.

–El terreno es suyo –murmuró, después de firmar–. ¿Alguien tiene un dólar para pagarme? Quiero que esto sea legal y sé que el intercambio de dinero es importante…

–Tome –dijo Dennis, sacando un dólar de su cartera.

–Muy bien. ¿Dónde está Naldo?

–En el Juzgado –contestó Isabela–. Intentando convencer al fiscal para que no presente cargos contra mí. Me acusan de asaltar a un oficial de policía y de resistirme al arresto –añadió, fulminando a Anna con la mirada–. Pero claro, las dos sabemos por qué me resistí al arresto: porque estaba siendo acusada de un delito que no había cometido.

–Lo siento, de verdad…

–Por favor, no esperes a Naldo. No creo que mi hermano quiera volver a verte.

Anna parpadeó. Su antiguo fuego parecía haberse extinguido y sólo quedaban humo y cenizas.

Como el humo y las cenizas en las que se habían convertido la casa y las cosas de su madre. Y todos sus sueños y esperanzas.

Isabela abrió la puerta del salón y le indicó con un gesto que saliera.

Y Anna salió sin decir nada.

No había nadie en el vestíbulo para despedirla. Olía a humo mientras bajaba la escalera.

*«Viniste sin nada y te vas con menos»*, pensó. Al menos, no estaba herida. Podría haber sido peor.

Era joven y fuerte, saldría adelante en la vida.

Pero Naldo… no, no querría volver a verla. Las joyas, que habían pertenecido a los León desde tiempos inmemoriales, destruidas. El libro de recetas que su padre había ilustrado con tanto cariño ya no era más que polvo…

No, El Paraíso no iba a ser su hogar. Y tampoco iba a tener un pedacito del corazón de Naldo.

Su orgullo la había dejado sin nada. Su madre podría no haber llevado el apellido León, pero al menos había tenido amor y un sitio que podía llamar su hogar.

Anna empezó a caminar sin rumbo. No tenía dinero para volver a Boston, pero caminó y caminó durante lo que le parecieron horas. El sol la cegaba, pero seguía andando. Hasta que oyó un ruido que parecía... sí, parecían los cascos de un caballo.

Quizá el fantasma de un antepasado de Naldo, tan furioso por su presencia que había decidido aparecer para asustarla.

Pero un relincho le dijo que no era un fantasma, sino algo real. Anna se detuvo, asustada. De repente, vio un enorme caballo negro galopando hacia ella… Anna lanzó un grito y el jinete tiró de las riendas.

Naldo.

Naldo, que saltó del caballo al verla.

–¿Dónde vas?

–Me marcho. No te preocupes, no volverás a verme –contestó Anna–. Te pido disculpas por todos los problemas que he causado. No ha sido mi intención…

–¿Crees que puedes marcharte así?

–He firmado el contrato. Te he cambiado el terreno por un dólar.

–¿Un dólar? Para ser una chica tan lista, a veces te portas como una tonta.

–No me insultes. Sé que te debo mucho, pero no puedo hacer nada. He cometido un error. Cualquiera puede cometer un error…

–¿Un error? ¿Sólo uno? Déjame ver… te negaste a llevar la furgoneta al taller como te dije, te negaste a cortar la hierba, insististe en quedarte con las joyas, te negaste a aceptar cuatro millones de dólares, acusaste a mi hermana de provocar el incendio…

–¿Vas a demandarme? –exclamó Anna.

–Probablemente debería hacerlo –suspiró Naldo–. Pero no me atrevo. Eres demasiado peligrosa. La próxima vez que me enfrente contigo perdería hasta la camisa.

–¿Qué?

–Te encanta este sitio, ¿verdad?

–Sí –suspiró ella, sin mirarlo. No quería ver su cara, no quería ver esos hoyuelos que tenía en las mejillas cuando sonreía…

–Estás loca, Anna. Te ofrecí cuatro millones de dólares. ¿Sabes lo que habría tardado cualquiera en firmar ese contrato?

–Sé qué piensas que soy avariciosa, pero no…

–Sé que lo eres –la interrumpió él–. Lo somos los dos. En ese aspecto somos iguales. Los dos lo queremos todo y no aceptamos menos.

–Sé que me odias y puedo entenderlo. Es lógico…

–¿Quién ha dicho que te odio?

–Pero…

Naldo la tomó por la cintura y buscó sus labios con ansiedad. Anna, atónita, le echó los brazos al cuello porque sabía que sería la última vez. Nada importaba más que aquel momento, aquel adiós.

–Te quiero, Naldo –dijo en voz baja.

Le daba igual que lo supiera, que se riera de ella.

–Lo sé. Yo también te quiero.

*«Yo también te quiero».* Tenía que haber oído mal. No podía ser.

–Me encanta cómo luchas por lo que quieres, que no puedas

aceptar menos. Sé que sientes algo especial por esta finca, lo he visto en tus ojos. Y lo sé porque te negabas a vender aunque te ofrecía una fortuna. Quédate conmigo, Anna.

–No quiero ser tu amante, Naldo. No podría conformarme con eso…

–Claro que no. Ésa es una de las razones por las que te quiero. Te necesito, Anna. Aquí, conmigo. Te quiero y prometo cuidar de ti para siempre si me haces el honor de ser mi esposa.

–Pero Naldo…

–¿Quieres casarte conmigo, Anna?

–Sí –el monosílabo salió de su boca sin que tuviera que pensarlo siquiera. Y Naldo entonces la tomó entre sus brazos como si no quisiera soltarla nunca.

Los ojos de Anna se llenaron de lágrimas. ¿Podría ser verdad? ¿Estaría soñando?

–Éste es tu sitio, Anna. Como el mío –sonrió él, enredando los dedos en su pelo–. A veces hay que perder algo para saber cuánto lo necesitabas. Y yo no quiero volver a perderte.

Anna tembló al pensar en lo cerca que había estado de perder a Naldo, junto con todo lo demás.

–Siento mucho lo de los árboles, lo de las joyas y la casa. Yo sólo…

–No digas nada, déjalo. Ya no importa –murmuró él, hundiendo la cara en su cuello–. Nada de eso tiene valor alguno comparado con lo que siento por ti.

–Me alegro de estar en casa –musitó Anna, buscando sus labios.

El sol brillaba en el cielo y los pájaros cantaban sobre las ramas de los naranjos. Y Anna casi podía sentir que empezaba a echar raíces en aquella tierra rica y fértil. Esa tierra que le daría fuerzas para crear una nueva rama del árbol familiar que unos hombres habían plantado allí cuatrocientos años antes.

# *Epílogo*

–Es como un milagro –murmuró Anna, sentada sobre una manta con Naldo, viendo cómo el sol se colaba por entre las ramas de los naranjos. Habían pasado menos de seis meses desde el incendio, pero los árboles estaban, de nuevo, cargados de hojas y fruta.

–Es la naturaleza. Supongo que ése es el milagro –sonrió Naldo, tocando el tronco de un árbol–. La fuerza de la vida. Está en su naturaleza recuperarse y seguir adelante.

–Como nosotros –murmuró Anna–. Tu padre estaría orgulloso de lo que has hecho.

–¿De mí? Eres tú quien ha hecho todo esto. Incluso has convencido a Isabela para que comprase una casa en el valle del Loira.

–Se lo merece después de lo que le hice pasar a la pobre.

–Deja de sentirte culpable. Esa experiencia tiró las barreras que había entre mi hermana y yo. Desde entonces, nos llevamos mucho mejor.

–Cierto. Y lo pasó fenomenal en nuestra boda. Ahora entiendo que los paparazzi la adoren, Isabela es genial. No puedo creer que vinieran tantos fotógrafos de Europa.

–Fue la boda de la década –Naldo le guiñó un ojo.

–Sí, sólo había mil invitados –se rió Anna.

–Ah, por cierto, tengo algo para ti –dijo él entonces.

–A ver si lo adivino, ¿otra joya?

–Lista además de guapa –se rió su marido, sacando una cajita del bolsillo del pantalón–. Narciso se ha superado a sí mismo con ésta.

Anna abrió la cajita, nerviosa. Las joyas de la familia León habían sido recuperadas de entre las ruinas de la casa. La caja se había convertido en cenizas, pero las gemas permanecieron casi intactas.

Y Naldo lo estaba pasando de miedo haciendo que un amigo suyo joyero las restaurase.

–Ay, Dios mío… ¿no es la Estrella del Mar? –exclamó, al ver el diamante amarillo–. ¿El collar que tu antepasado se trajo de la India?

Él asintió con la cabeza.

–El mismo. Y tuvo que luchar contra el tigre de un maharajá para ganarlo. ¿Puedo ponértelo?

–Sí, claro. La verdad es que me da un poco de pena el tigre, pero es increíble. ¡Es enorme!

–A ver… preciosa. Sí, preciosa –sonrió Naldo después de abrocharle el collar. Y luego buscó sus labios en un beso hambriento, apasionado. Anna se lo devolvió, enredando los dedos en su pelo y respirando el embriagador aroma de su piel–. Te quiero, señora León –susurró.

Ella tembló de placer. No se cansaba de oír su nuevo apellido. No porque fuera un símbolo de estatus o poder sino porque era el apellido que compartía con el hombre de sus sueños.

Cuatrocientos años de trabajo, de lucha, de fuerza vital en el suelo, en los árboles y en el aire. Mientras besaba a su marido, Anna sintió que encontraban su sitio en aquel ciclo vital, como herederos de un legado de pasión, por la tierra y el uno por el otro. Un legado que nada ni nadie podría destruir.